

CENIT

sociología
ciencia — literatura

Sumario

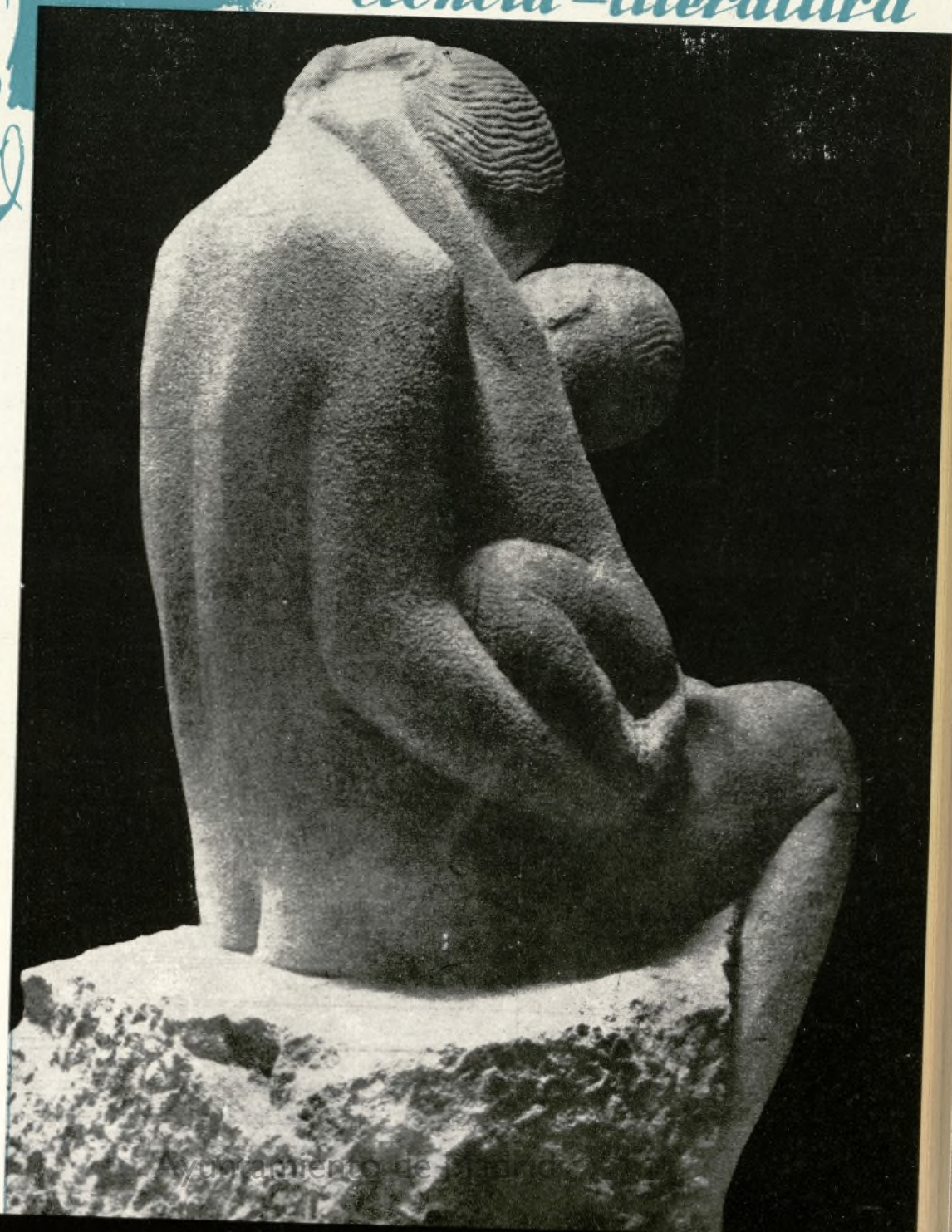
Carlos A. Rama: El fascismo como dictadura capitalista. — Vladimir Muñoz: El terror militar en la España precristiana. — Vida Esgleas-Montseny: Algunos conceptos sobre la educación. — Doctor Juan Lazarte: Estado y sexo en la cultura moderna. — Alberto Carsi: Mi opinión sobre «CENIT». — Federica Montseny: Cuentos de la noche. La aventura. — R. London: El tabaco y la trombo-sis coronaria. — Margaret Knigh: Ecos de la vida inglesa. Las charlas de la B.E.C. — Fuyol: La novela de Salomé. — Gérard de Lacaze-Dhutières: Siglos de tortura. — Ricardo Mella: Ideario (folletón encuadernable).

53

MAYO
1955

Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.



NUESTRA PORTADA



«MATERNIDAD»

de Emiliano Barral

Barral era un joven escultor de gran porvenir, heredero del genio de Juan Antonio, muerto durante la guerra de España, luchando en el frente de Madrid contra el fascismo.

«CENIT» se honra, reproduciendo esta bellísima escultura en la que el arte personalísimo de Barral se revela con trazo pujante. Su muerte temprana, su muerte de hombre luchador por la libertad, amigo del pueblo y de la justicia, han privado a la humanidad de sus inmensas posibilidades estéticas.

Emiliano Barral, como el joven poeta Senderos, como el desgraciado Federico García Lorca, como tantos y tantos escritores, hombres de ciencia, periodistas, intelectuales de todas las disciplinas y obreros manuales de fuerte y magnífico temple, son valores restados al acervo común de España y del mundo por la hidra monstruosa del fascismo, enemigo del progreso y de la cultura, asesino de la libertad, sin la cual no hay vida social próspera, ni arte posible, ni evolución normal en los pueblos.



REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Elanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Fsgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

EL FASCISMO COMO DICTADURA CAPITALISTA



HA Y una afirmación relativamente vulgarizada que dice, que el fascismo es el gobierno dictatorial del gran capital financiero. Palmer Dutt ha dicho: «Es la expresión de la decadencia del movimiento capitalista que, llegado a su término, trata de sobrevivir por medios nuevos de violencias y engaños.» Y Kuczynski nos dice: «El fascismo es, en realidad, la dictadura de los elementos

más reaccionarios entre los monopolistas.»

Esta afirmación, quisiera adelantar que no la comparto, aunque me parece que la discusión de las razones por las cuales ha surgido un poco por oposición frente a las propias afirmaciones fascistas, que vamos a estudiar con más detalle, de clara demagogia que sostiene que es un movimiento socialista. Así el movimiento alemán, se llama «nacional-socialista».

Tenemos los que dicen que el fascismo es un movimiento de defensa de la pequeña propiedad y de las clases medias, así como las que opinan que siendo un movimiento nacionalista y pensando que en las naciones en las cuales se practica no hay vicios burgueses del mundo del comercio, no sería capitalista.

Se vincula además a la idea de que el capitalismo es un fenómeno judío, y siendo el fascismo un fenómeno anti-judío se aduce, en un silogismo forzado, de que el fascismo es anti-capitalista. Frente a todo esto ha surgido la respuesta de todo un vasto sector anti-fascista, que ha demolido cada una de estas afirmaciones y ha destacado ciertos hechos, que llevan a conclusiones tan absolutas, como las que he señalado al principio.

Tenemos el problema del financiamiento, que fué el caso de Alemania, donde uno de los magnates de la industria pesada de la Rhur, Thyssen, habiéndose separado posteriormente del nazismo publicó un volumen en que se da cuenta detalladamente de que

manera, los grandes trusts de la industria pesada financiaron el movimiento nazista en sus primeros tiempos proveyéndolos de abundantes fondos.

Una cosa similar se conoce a propósito de Italia, donde el grupo Ansaldo de los hermanos Perrone, el grupo Ilvar de negocios navieros, la industria pesada y la Banca de Sconto; más tarde la Banca Commerciale (sede por excelencia de los negocios de industrias ligeras), financiaron primero la creación «Il Popolo d'Italia», y finalmente la propia «Marcha sobre Roma».

A estos grupos de grandes capitalistas, de notables capitalistas — recuerden aquellos imperios industriales y financieros de la Alemania de post-guerra, en Italia, incluso en España donde se podría dar otros ejemplos, los animaba un común propósito que era liquidar el movimiento obrero en ascenso.

Después de la guerra, es que se produce un vasto movimiento proletario de agitación que el gran capital teme. Este movimiento obrero se patentiza con la ocupación de las fábricas en Italia, y en los «consejos de obreros» en Alemania, en toda la agitación de la República de Weimar, que alarmó en primer lugar a los magnates de la industria pesada, y a los grandes capitalistas de la industria siderúrgica.

¿Por qué a ellos y no a todos, por ejemplo, a los de la industria ligera?

La explicación está un poco en el carácter señaladamente reaccionario de ésta clase de explotaciones, en la estructura íntima y económica de las empresas, donde cualquier percance como una huelga, un desastre económico, etc., hacen peligrar no solamente las ganancias, sino la estabilidad misma de las empresas. Así que tradicionalmente, en todos los países, siempre la gran industria pesada es el sector que tiene una preocupación más señalada frente a los movimientos obreros y procuran quebrarlos. En segundo lugar y esto también es una cosa universal, vive fundamentalmente del apoyo del Estado. Natu-

ralmente, vive de los pedidos que le hace el Estado en materias de obras públicas y especialmente en materia de armas.

Durante toda la guerra (no olvidemos que el fascismo en definitiva es un proceso de post-guerra), este sector de la industria pesada había hecho notables negocios con la venta de armas y terminada aquélla hay un proceso de transición brusca, violenta, catastrófica para toda la industria. La segunda etapa es cuando la gran industria se encuentra enfrentada a la crisis económica del 29, y entonces la industria pesada no solamente usa del fascismo como fuerza de choque frente al movimiento obrero, sino que pasa a una segunda etapa, que es la conquista del poder.

Sin conquistar el poder, es imposible salvar las empresas y la industria lucha por sobrevivir. A veces, incluso con la oposición de la industria ligera, más vinculado al consumo, con relaciones más flexibles con los obreros y que tiende a ser partidaria de la «paz social». La industria ligera en Italia apoya a Giolitti que es el personaje intermedio, antes de la aparición del fascismo y en Alemania mismo apoya al centro católico y liberal.

El segundo hecho en que se manifiesta que el fascismo no es anticapitalista, sino definitivamente capitalista, es el conjunto de las numerosas medidas que muestran su política económica.

En primer lugar, digamos que sobre esto resulta altamente sugestivo comparar los estudios realizados en diversas épocas.

Cuando uno toma obras escritas en el 36, es decir, cuando recién se instala el nazismo en Alemania, recién va a dar su asalto a España y todavía no se ha producido la guerra mundial, ni se ve claro lo que ha sido el proceso de la crisis del 29. Hay una visión del problema que difiere muy claramente de la que podemos tener ahora.

Así un autor como Guerín, el conocido historiador francés de clara orientación socializante, veía en 1936 la política económica y de que manera atribuía el fascismo un conjunto de medidas que a su juicio eran su característica.

En primer lugar, el fascismo comienza por restituir al capital privado un cierto número de monopolios de Estado. En Italia el proceso fué muy claro. Los monopolios de los fósforos, de los teléfonos, de los seguros, etc., fueron vueltos al dominio privado.

En Alemania hubo un proceso semejante, en los bancos y las acciones de los trusts del acero que pertenecían al Estado después de la crisis del 29; lo mismo en materia de energía eléctrica que pertenecía a los Municipios. En general, la tendencia fué devolverlos a la industria privada, pero nosotros sabemos que esta medida no es exclusiva del fascismo, pues la encontramos en el gobierno inglés conservador que ha procedido a desnacionalizar la industria del acero o el actual gobierno republicano de Eisenhower que ha desnacionalizado las explotaciones petrolíferas sub-marinas y las ha vendido entre los intereses particulares. Dice Guerín: «Que el Estado fascista ayuda a los magnates capitalistas a producir beneficios acordándoles toda suerte de exoneraciones fiscales.» Y él señala largamente esta clase de exoneraciones fiscales que son, por ejemplo, la abolición de ciertos impuestos a la herencia, del impuesto inmobiliario, etc.

La apertura de industria comienza a restringirse, nadie puede abrir una industria sin previa autorización. Hay un conjunto de leyes por las cuales el Estado ayuda a los magnates capitalistas a levantar artificialmente sus precios de venta obligando a los productores independientes a entrar en las ententes obligatorias. Es una manera indirecta para levantar

los precios formando ententes obligatorias. Por ejemplo, en Italia hay una disposición por la cual si un 70 por ciento de la industria pide hacer un trust, aunque el 30 por ciento no esté de acuerdo el Estado los obliga a entrar igualmente.

En el caso de Alemania además de mantenerse todos los viejos trusts se crean una serie de medidas en el sentido de levantar las empresas que están en quiebra tomando a su cargo sus acciones, pero en lugar de aprovecharse de la oportunidad para nacionalizar, al contrario se esfuerza por devolverles su carácter de empresa privada. En una palabra, si la empresa está en quiebra, el Estado le paga o atiende su pasivo, pero no intenta nacionalizarla.

En Italia, cuando Ansaldo, el mismo que financió el fascismo entra en quiebra en 1924, fué levantado artificialmente; el Estado tomó a su cargo sus obligaciones y hasta que le empresó se saneó respecto a todos sus compromisos la sostuvo.

En Italia se fundó una serie de sociedades intermedias entre el Estado y las empresas privadas para sostenerlas en la crisis.

Finalmente, el Estado intenta sustituir a la clientela privada por sus pedidos a la gran industria. Como la clientela le está fallando a la gran industria, aparece el Estado pidiendo o entregándole productos. Al principio, son trabajos de tipo público como, por ejemplo, caminos. La red caminera alemana que es todavía lo más notable que hay en Europa. En la red ferroviaria, en el desarrollo de la navegación, en el trabajo de aviones, etc.; pero después aparecen colosales trabajos de defensa nacional, para dotar al país de nuevos armamentos, motorizar el ejército, etc.

Un diario de la época dice: «El rearme es una bendición para la economía.» Efectivamente, toda la industria empieza a vivir de nuevo.

El hecho de las ententes obligatorias, aunque sea parcialmente, y de la prohibición de abrir nuevas industrias incluso las obras públicas, son medidas obligadas por la crisis y comunes no solamente a los países fascistas sino también a los países capitalistas de Occidente.

Si no, tomemos el programa de la administración Roosevelt del 32 al 36 y encontramos que se han realizado similares medidas en los Estados Unidos, una colosal tarea de obras públicas, una colosal red caminera fué realizada con los mismos propósitos y cuando empezó a flaquear la importancia de los trabajos públicos se recurrió a la formación de stocks estratégicos, renovar la marina de guerra, etc. Es inexacto pretender que son medidas exclusivas del fascismo sino que es propio de un gobierno enfrentado a la crisis y que contempla el problema con una visión capitalista regresiva como es el caso del fascismo.

Autores como Guerín incluyen acciones que ahora nos damos cuenta de que son realmente más originales. Por ejemplo, la manera como el fascismo, a pesar de que se dice antimonopolista, sigue actuando en el campo de los monopolios internacionales. Son sabidas las patentes de la nafta sintética y del caucho sintético, etc. Alemania las mantenía de acuerdo a ententes que había hecho con los grandes trusts franceses, ingleses y norteamericanos.

En segundo lugar, en que trata de exportar capitales en lugar de mercancías y prepara en vísperas de la guerra, actuar en el campo de las relaciones internacionales de una manera que es típica de un sistema capitalista agresor, orientando sus exportaciones en países donde tiene posibilidad de expansión, reduciendo en los países donde no tiene posibilidad de relaciones o hay posibilidad de guerra; es decir, har

ciendo una colocación estratégica del capital. Estas medidas son más características de la novedad que aporta el fascismo y ésta sería una tercera versión de lo que constituyó del punto de vista económico.

La idea de que el fascismo es un capitalismo de Estado, no una mera defensa del capital privado ni un gobierno dictatorial del gran capital, sino un intento del capitalismo privado, en colaboración con el Estado en una serie de ententes debe reflexionarse.

En el año 1934, decía Mussolini: «Las 3/4 partes de la economía italiana reposan en los brazos del Estado, si yo quisiera instaurar en Italia, lo que no es el caso, el capitalismo de Estado yo tendría las condiciones necesarias, suficientes y objetivas para hacerlo.» Es Estado era el dueño de la mayor parte de las acciones de las grandes empresas. Empezando por la industria pesada que fué la primera, por esa misma estabilidad de gran mastodonte, lo mismo es el problema de los bancos que en Italia fué realmente catástrofico, empezando por la Banca Commerciale y la Banca de Sconto, terminaron por caer en manos del Estado en razón de la crisis del 29 en adelante. Por otra parte lo que se ha sostenido por muchos teóricos fascistas, la idea de que el fascismo del punto de vista económico es un «socialismo de Estado».

Es evidente que muchos de los partidarios del fascismo, especialmente los que creían que el fascismo representaba una intervención socialista, pensaban que había llegado el momento de llevar adelante su socialismo. Así que estos individuos que forman lo que podría denominarse la izquierda del fascismo, veían llegado el momento de imponer a las empresas privadas ideas socialistas y crear alrededor del Estado las corporaciones.

Ugo Spirito, profesor de filosofía y militante fascista eminente, en una obra publicada en el año 1930 decía que «En la actividad económica, Estado e individuo se funden aún aislado el individuo, no por ello deja de ser algo análogo a una persona pública, a un funcionario encargado de administrar su propiedad conforme a las exigencias de la economía nacional. No más libre concurrencia, ni monopolio, no más iniciativa privada, sino unidad orgánica de la economía nacional, la Carta del Trabajo es un compromiso, un oportunismo destinado a desvanecerse».

El Estado cesará poco a poco de ser trascendente a los individuos, para adquirir las características de una verdadera immanencia. Es decir, la idea de Estado totalitario.

En la actividad económica, Estado e individuo se funden, no pueden ser dos economías contrarias rivales, sino dos elementos que se complementan y que se unen por una unidad superior.

El propio Spirito, decía que «La economía fascista es una mixtura», él abogaba por «la fusión del capital y del trabajo para llegar a la corporación propietaria». Los bienes no serían de los patronos, sino de la corporación proletaria que representa a los patronos y a los obreros y al Estado directamente. Ya sea la corporación por la corporación, la propiedad pasa a ser de la colectiva y deja de ser privada. Se dan cuenta de todo el sentido que tenía y mucho más sentido cuando estaban apoyados de todo un grupo numeroso de estos partidos.

Por ejemplo, Gaetano Salvemini, el gran historiador italiano, en un trabajo que se titula muy sugestivamente «¿Es el fascismo una dictadura capitalista?» se ha referido largamente a lo que él llama «los plebeyos del fascismo», que son individuos que formando parte del partido se hizo del poder gran importancia y, que entonces por primera vez se encuentran con

un poder extraordinario en las manos pasando a ser de sirvientes de las grandes empresas los dirigentes nacionales.

Llegan pronto a la reflexión de que ellos, en definitiva, sólo tienen un sueldo como miembros de la milicia o burócratas mientras que los grandes propietarios tienen los dividendos y todas las ventajas que derivan de su situación de directores de la industria y son quienes mandan en el Estado y en el país pues tienen la riqueza nacional.

Terminada la lucha contra los obreros, los sindicatos, etc., comienza entonces una pugna entre los servidores del Estado y milicianos que forman los partidos fascistas contra los grandes capitalistas del grupo monopolista.

Naturalmente, la milicia fascista a esta altura es independiente de los capitalistas, pues su sueldo lo paga el Estado. En la misma situación están los jefes del ejército, que en definitiva son también empleados públicos con toda la tragedia que esto pueda significarles y que también se encuentran en igual situación frente a las grandes finanzas.

Entonces se inicia una verdadera pugna entre estos dos sectores, y estudiando cuidadosamente las medidas en cada época, observamos que hay triunfos de una y otra parte.

En Italia o, de la que él llama los plebeyos, es la valorización de la lira, y por lo tanto los que tienen un sueldo se sienten favorecidos, en cambio los hombres de negocios consiguen una reducción de los impuestos. La valorización de la lira es en el año 26 y 27, en general la desvalorización de los impuestos son en el año 29.

Finalmente, los fascistas crean las corporaciones y empiezan a lanzar la idea, en el 34, de que hay que reformar la propiedad por las corporaciones, pero Mussolini a través de la guerra, de una manera poco aparatosa incruenta, se desembaraza de los izquierdistas enviándolos a luchar como voluntarios a Etiopía, donde muchos quedaron naturalmente, otros vencedores fueron agraciados con posesiones de tierras, y se radicaron. De esta manera Mussolini desbarató toda la oposición interna de izquierda.

En el caso de Alemania en la liquidación de la izquierda, que quería la sujeción del capitalismo privado y un socialismo de Estado, ha sido más espectacular y se recuerda bajo el nombre de la «Noche sangrienta». Ya antes del 33 se separa de Hitler el «Frente Negro», de Strasser, que tienen una gran parte del partido en Prusia; pero después todos los S.A. que estaban a cargo de Rhoem y de Ernst y de jefes populares, pertenecientes a la mayor parte de la baja clase media, fueron liquidados sangrientamente por los S.S. El partido perdió el ala izquierda y pudo seguir al servicio de los grandes capitales.

A esta altura se puede resumir la relación del fascismo con el gran capital. Empezando por el principio, el fascismo supone una forma especial de encarar el Estado que resulta de ideas también especiales sobre el poder. El fascismo organiza el poder con vistas al terror y a la guerra. Al terror interno frente a los revolucionarios y la expansión militar, frente a las potencias exteriores.

El Estado que es de por sí un instrumento de poder, conviértese en un instrumento orientado a la consecución de estos dos grandes fines: el terror interior, y la guerra exterior.

Muchas medidas del fascismo que nosotros en aquella época pensamos como típicamente fascistas, vemos ahora que son medidas de preparación de guerra como la organización de la industria bajo la égida del Estado.

En la actualidad, comprendemos que era una preparación de la guerra. La gran ventaja que explica los primeros triunfos de Alemania sobre sus enemigos fueron fundamentalmente porque estaba organizada con anterioridad, con vistas a la lucha.

Inglaterra comienza a prepararse para la guerra recién en 1938, hasta ese momento todavía se conservará la ilusión de mantener la paz por largos años.

En ese plano se vive, no hay servicio militar, ni organización de la industria; en cambio Alemania viene preparando la guerra sistemáticamente, germánicamente, desde el año 33, y entonces, muchas de las medidas que tomaron entre el 33 y el 39, nosotros encontramos que las tomaron Inglaterra y Estados Unidos del 38 en adelante. Se toman medidas para la sujeción de la industria al Estado, habrá mayor control público, control de cambios, de salarios, etc.

En segundo término, concebido el Estado fascista como un fenómeno de poder, no se puede dudar que gira dentro de la sociedad capitalista, no siendo un socialismo de Estado, ni siquiera un capitalismo de Estado estrictamente, sino que es una forma híbrida típica en que se combinan el Estado totalitario y el capitalismo privado.

Supone esta característica una hipertrofia del Estado que coincide con un proceso general que se viene registrando en los últimos tiempos, a partir de la primera guerra mundial, hipertrofia anterior al fascismo y que éste refuerza y multiplica dándole un sentido político muy señalado.

El Estado tiene entre otras medidas la preocupación de estrangular, de liquidar el movimiento proletario de manera de poder impedir el movimiento de obreros independientes.

Por último, y esto es capital, bajo el fascismo se forma una nueva sociedad. El Estado de por sí es una fuente de privilegios y por su solo poder puede convertir a un individuo de la nada, en un hombre poderoso, y en la cabeza o comienzo de una nueva dinastía de privilegiados.

Un decreto, una disposición legislativa, la intervención con fines especulativos, puede convertir a un individuo miserable en un millonario. Un sistema como el fascismo en el que no hay control de la prensa, ni control popular, en que todos los procedimientos son secretos, favorece e incrementa la creación de nuevos privilegios, de ahí que se explica la nueva clase privilegiada — uso la palabra así deliberadamente — que hay en estos países.

Por otra parte, tenemos a los antiguos, capitalistas, todos los que se han podido acomodar a esta situación política aunque siempre hay disidentes, pero son los menos.

El capital es anterior y ha sobrevivido al fascismo pero durante este tiempo se ha creado una clase nueva y a las antiguas clases se han incorporado los dirigentes de los partidos fascistas. Por ejemplo,

el caso en Alemania de Goëring el industrial más grande del mundo. Himmler el mayor terrateniente agrícola de Alemania e Hitler el más grande editor de Alemania.

Los diarios de mayor circulación le pertenecían a título personal, empresas, editoras y sus propios libros de obligada venta que tenían millares de ediciones.

Como estos tres individuos hay una enorme cantidad de jerarcas que pasaron a la condición de poderosos capitalistas.

La manera como se produjo este proceso de fusión entre capitalistas y dirigentes, estaba la cuestión de las élites. La idea de que la gente que forma las élites debe renovarse, que debe buscarse la sangre nueva en las bajas capas, ya estaba en Pareto.

¿Cómo se hicieron accionistas de las grandes empresas? Ya se dejaron regalar las acciones, una cosa que es relativamente común, ya fueron robadas como los bienes de los judíos y a los que se les prohibió el derecho de propiedad.

Por último el hecho de que las empresas necesitaban del Estado y se produjeron negocios que condujeron a muchos de estos jerarcas a ser grandes industriales.

Es un proceso y un cuadro social general, es decir, que no sólo se relaciona con personas sino que tenemos en cuanto la situación general; en este tiempo en Alemania y en Italia el fascismo que significa un fenómeno de poder no ataca al capitalismo, sino que lo sostiene en materia económica, como otros sistemas políticos.

Los antiguos patricios de la gran industria, con los nuevos plebeyos del partido entran en relación de consideraciones internas, que les permiten mandar en el país.

Cuando se producen los triunfos militares entonces todo el país burgués apoya con entusiasmo el régimen por una razón de patriotismo y de prestigio.

Pero tal vez además, porque cada uno de los países conquistados fué saqueado en un sentido que cuesta hasta pensar por las fuerzas de ocupación. Son hechos que se conocen en la época primitiva del capitalismo, pero recién lo hemos vuelto a ver de nuevo al cabo de cuatro siglos.

Esto naturalmente amplió la clase gobernante, pues muchos individuos de menor cuantía pasaban a la condición de adinerados y poderosos y cambiaban de situación económica.

Esto hace más compleja todavía la situación con el sistema político. Insisto fundamentalmente que ha sido necesario y fundamental la existencia de un Estado totalitario y el hecho de que el fascismo es un fenómeno de poder, que supone la hipertrofia del Estado y la anulación de todas las libertades individuales.

Carlos M. RAMA

El fascismo es el azote de los pueblos. No se destruye sin atacar a fondo las causas que lo engendran.

EL TERROR MILITAR

en la España precristiana

— I —



El origen de los primeros habitantes de España se pierde en la noche de los tiempos. Las primeras noticias son debidas al griego Asclepiades, que en Bética enseñó humanidades (siglo de Lucano y Séneca, ambos oriundos de Córdoba) y que mencionado por Estrabón dijo que «los turdetanos poseían leyes escritas en verso que databan de 1.500 años». Los primeros colonizadores que se conocen de la

Bética (los fenicios) encontraron uno «civilización muy próspera en **Turdetania**», según Polibio, historiador griego (130 A. J.-C.). Griegos y romanos llamaron también **Tarseyo** y luego **Tarseto** al país de turdetanos (región inferior del Guadalquivir: la primera que se conoció de España), debido a un escrito de Moisés (Génesis, c. X, v. 4 y 5) en el que asegura que los iberos descendían de Tarsis.

El interior de España era en el siglo decimonono A.C. (primeros vestigios de las colonizaciones fenicias) completamente desconocido. Debido a la privilegiada situación geográfica de Turdetania, es muy posible que su civilización hubiese sido importada por vía marítima, tal vez de Mesopotamia, quizás de lo que hoy es América, vagamente citada como «Atlántida» por Homero (1).

Turdetania era tan próspera que, según Guichot «... la región del Betis, empezó a civilizarse, siglos y siglos antes de la existencia del Partenón.» (2).

— II —

Poco se sabe sobre los primeros pobladores fenicios en España (3). La emigración fenicia que colonizó la Bética (1.500 A.C.), fundó ciudades importantes en la cuenca mediterránea, algunas en el Atlántico cercano al estrecho y, se extendió hasta Amerindia (4). Entonces nació **Panormus** (Palermo), **Melita** (en ruinas, en Malta), la gran ciudad de **Cartago**, además de **Utica** y **Adrumelum** (en ruinas, en la parte más septentrional de Africa), **Adria**, **Carteya** (Calpe), **Malacca** (Málaga), **Gaddir** (Cádiz), etc. En la ciudad gaditana, construyeron un templo a Hércules.

Los fenicios eran mercaderes y guerreros, principalmente. Por doquier se enriquecieron empobreciendo a los autóctonos. En Turdetania, hubo un sin fin de rebeliones. Los turdetanos, exasperados, sitiaron y ocuparon varias colonias en el curso de los siglos, pero fueron repelidos y castigados duramente casi siempre.

En el siglo VI A.C., las acometidas de los naturales fueron tan briosas que, **Gaddir**, sitiada y sin esperanzas de resistencia, pidió ayuda al senado de Cartago.

— III —

Era Cartago (5) una poderosa metrópoli, capital de la República de Numidia, que según el autoritario Aristóteles «era modelo de gobierno» (6). Baste decir que, en el combate contra Regulo, puso en línea 350 galeras con 150.000 hombres. El senado cartaginés decidió ocupar **Gaddir** y toda España, asesinando, deportando o adaptando a los fenicios béticos y esclavizando a los turdetanos, otros pueblos íberos y los nómadas del interior. A tal efecto, llegó a **Gaddir** una gran armada procedente de Cartago, cuyos componentes, al levantar el sitio, masacraron sin piedad a los turdetanos, cometiendo barbaries con la población civil bética y fenicia. Los habitantes de **Gaddir**, a pesar del común origen y parentesco, fueron deportados como esclavos: la nueva **Gaddir** cartaginesa, fué la metrópoli de las numerosas colonias y factorías, que los nuevos ocupantes establecieron en la Bética, convertida en feudo de Cartago (7).

Los autóctonos fueron semiesclavizados y debieron sufrir mucho más que con los fenicios. Todo foco de rebelión se exterminaba salvajemente. Los nuevos amos, conquistadores brutales e imperialistas natos, estimulados por el fácil triunfo obtenido contra los béticos, invadieron con sus armadas las islas **Gimnesias** (Baleares), derramando sangre de los colonos en gran cantidad, violando, incendiando, etc. (8). Pero, peninsularmente, no se extendieron más allá de Adria y del Guadiana, lo que motivó, de todas formas la alarma de las colonias griegas del levante español, debido a la «crueldad» de los cartagineses. Sagunto, importante colonia helena, pidió protección al senado romano (9).

— IV —

Decretada la guerra a España, el senado envió a **Gaddir** sus mejores legiones, al mando del generalote Amilcar Barca, reputado asesino en Sicilia y Africa. De la Bética, avanzó por la costa, se apoderó del país de los **batestanos** (murcianos) y los **contestanos** (valencianos). Bordenó Sagunto, dejando su conquista para el futuro hizo edificar la ciudad de **Barcino** (Barcelona), nombre patronímico de su linaje. Sus planes de llevar la guerra a Italia fueron retardados, a causa de las rebeliones de los españoles.

Rebelados **tartessos** y **célticos del cuneo**, celosos de su independencia, Amilcar vióse obligado a combatirlos. Sus huestes los degollaron a cientos, crucificaron al cabecilla **Istolacio**, destrozando los cultivos, incendiando los poblados y dispersando a los fugitivos.

Vencidos **tartessos** y **célticos del cuneo**, Amilcar decidió aplastar a los pueblos del interior, rebeldes a todo yugo. Tuvo un encuentro con una muchedumbre de 50.000 **lusitanos** y **vetones**, a los cuales aniquiló.

Sus huestes asesinas fueron a reponerse a **Akra-Leuka**, ciudadela militar frente al mar. Según Estrabón, el degollamiento de **lusitanos** y **vetones** fué general, como también el saqueo y la destrucción. No saciado aún de tanta barbarie, Amilcar quiso saquear la vecina ciudad de **Helice**, pero la suerte le fué adversa, pues murió en la refriega.

Asdrubal, quien le sucedió, asaltó **Helice** de improvisto y degolló a casi toda la población, e hizo de la ciudad una antorcha flamígera. Al decir de Polibio, fué este bárbaro quien hizo edificar **Cartago nova** (Cartagena). Murió pronto apuñalado por un esclavo.

Sucediole Anibal, hijo de Amilcar. Sus legiones saquearon lo que hoy es Castilla la Nueva, sitiaron y ocuparon las ruinas calcinadas de Sagunto, e incendiaron todas las colonias griegas que pudieron, degollando a mansalva. Este bandido de alto vuelo, cruzó los Pirineos (219 A.C.) y llegó hasta el Tesino italiano, derrotando a los romanos. Digeriendo su barbarie en el reposo de Capúa, sus huestes asesinas, saquearon a los civiles, matando, violando e incendiando por doquier.

— V —

Roma, aprovechando que el grueso de las fuerzas de Anibal estaba en el Tesino, declara la guerra a Cartago y decide ocupar España. En el año 556 de Roma (218 A.C.), llegan las primeras legiones romanas a **Ampurias**. Avanzando hacia el interior, derrotan a los cartagineses, entre Lérida y Fraga, como así cerca de Tarragona. Pocos meses después, desembarcan en este último puerto, nuevas legiones. Los dos cuerpos de ejército eran mandados por los sanguinarios Queyo y Publio Escipión.

Los cartagineses, en plena retirada, se replegaron hacia Cartagena, la cual fué asaltada y toda la guarnición pasada al filo de la espada. Ante este avance «relámpago» los españoles fatigados de la «ocupación» cartaginesa, aclamaron a la soldadesca legionaria por su «liberación» (10). Empero, los romanos hacían la guerra contra Cartago en el solar ibérico, por la destrucción de las colonias griegas de España (entre ellas Sagunto). Sin embargo, pronto vieron los del país, que se trataba de otros dementes imperialistas, asesinos legales, cuya soldadesca pillaba, violaba, incendiaba, crucificaba y esclavizaba.

En **Castulom** (ruinas de Cazlona, provincia de Jaén), hubo una gran batalla entre los dos bárbaros ejércitos y los cartagineses se replegaron a Turdetania (206 A.C.). Los romanos pasaron sus cuarteles de invierno en **Orinjis** (Jaén). Ante los desmanes y la prepotencia de los romanos, un gran descontento había entre los naturales. Los robos y violaciones se multiplicaban. Crucificaban a menudo y cazaban a la juventud para esclavizarla. Las gentes que aún no habían sido «liberadas», ante la proximidad de los legionarios, huían por los montes y los bosques. Por atentados contra algún romano, algunas aldeas fueron incendiadas y sus habitantes asesinados.

Invadiendo la Turdetania y tratando como «enemigos» a cartagineses y españoles, la bárbara soldadesca romana, mandada por el bandido Lucio Marcio, ocupó casi toda la Bética. Los cartagineses se retiraron precipitadamente a **Gaddir** y los del país, debieron sufrir todo el peso de la nueva ocupación. Por todas partes se veían españoles crucificados y villorrios calcinados por la devastadora acción de las llamas. La ciudad española de **Astapa** (cerca de Estepa) se rebeló en masa contra los romanos. «Estrechamente cercados por Marcio—escribe Guichot—, agotados todos sus medios de defensa, sus moradores resolvieron

morir antes que ser esclavos.» Todos los habitantes de Astapa, después de una lucha desesperada contra los bárbaros de Roma, fueron cruelmente asesinados.

Por orden del senado de Cartago, las tropas cartaginesas abandonaron **Gaddir** y se embarcaron hacia la Liguria, para reunirse con las fuerzas de Anibal, terminando así la ocupación cartaginesa en España (201 A.C.).

— VI —

Roma recibió clamorosa al criminal Publio Cornelio Escipión, para concederle los «honores del triunfo». Lograda la «victoria», fundaron los romanos su primera ciudad, **Itálica**, cerca de **Hispalis** (Sevilla). **Gaddir** fué declarada ciudad franca.

Sin embargo, los pueblos de **Celtiberia**, comprendiendo que el triunfo de los romanos sobre los cartagineses sólo había cambiado el nombre de los dominadores de España, no admitieron ninguna alianza con los nuevos tiranos y comenzaron la resistencia masiva. Las insurrecciones fueron numerosas, tanto en la **Citerior** como en la **Ulterior** (las dos provincias romanas de España). La represión estuvo a cargo de las legiones del sanguinario Apio Claudio Nerón, quien hizo incendiar y asesinar, sin piedad.

Así las cosas, surge a la escena un indomable pastor lusitano, **Viriato** (194 A.C.), proclamando por doquier la rebelión y las guerrillas de represalias. Su primera acción, partiendo de la agreste **Lusitania**, fué sobre la Bética. Sus numerosos partidarios llegaron hasta **Ilipula** (Loja), ajusticiando a cuantos legionarios encontraron. Ante tal audacia, el mismo Publio Cornelio, los atajó con gran número de tropas, venciendo en parte, pues evitando ser masacrados, se retiraron allende el Guadiana (entonces «Anas»).

Pero las continuas y atrevidas incursiones de los **viriatanos** en las ciudades romanas, alarmaron a los ocupantes. Diciendo terminar con los «salteadores» (11), Marco Fulvio Nobilior, invade la **Lusitania**, pero fué derrotado por los guerrilleros, perdiendo más de 6.000 soldados.

La rebelión contra Roma por los **viriatanos** duró numerosos años e hizo temblar de miedo hasta al mismo senado romano. Para intimidarlos, los pretores béticos verificaron algunas expediciones al otro lado del **Anas** (185 A.C.), violando a las mujeres, matando a los niños, haciendo talar los campos por los esclavos, incendiando los poblados y degollando a cuantos hombres encontraron.

Los **viriatanos** continuaron su acción de represalias. Vencieron a los romanos en **Asta** (Jerez de la Frontera), **Tribola**, **Ebora**, **Urso** (Osuna), **Jesuela**, **Escadia**, **Obolcula**, **Buccia**, etc... Por su parte, Roma, temerosa con la «guerra de los salteadores», terror del Imperio, envió a sus mejores tropas mandadas por Servilio Cipión, con la orden de «saquear y destruir a Lusitania». Este bárbaro hizo talar los campos, saqueó las poblaciones y lo llevó todo a sangre y fuego. Cipión logró asesinar a **Viriato**, por traición, al que apuñalaron unos traidores mientras dormía. **Viriato** tuvo un sucesor, **Púnico**, pero fué exterminado al poco tiempo. Roma, respiró al fin...

— VII —

Pero poco respiró Roma. Mientras los conquistadores creían haber logrado ya una «paz armada» duradera, y se entregaban a la vida muelle en ciudades como **Carteya** (o «colonia de los libertinos») y **Patricia** (ambas construidas en Turdetania) y allá en Roma se creaba un «partido» dirigido por Escipión el

Africano y Catón el Censor, para demagógicamente «defender a los españoles vejados y saqueados sin piedad por los pretores», nuevas y frecuentes insurrecciones en **Celtiberia**, tomaron un cariz de alarma para los tiranos romanos.

La rebelión celtibera de **Numancia** (154 A.C.), conmueve los cimientos imperiales. Quinto Fulvio Nobilior, uno de los cónsules nombrados para el gobierno de España, sitia a los **numantinos**, pero se retira precipitadamente, perdiendo a más de 4.000 legionarios (12). Luego, el cónsul Pompelio Rufo, ataca con 32.000 infantes, sufriendo grandes pérdidas y siendo rechazado. Le sigue el nuevo cónsul Polipio Senas que con numerosas tropas ataca la plaza y es completamente derrotado. En 137 A.C., los **numantinos** persiguen sin tregua, por los campos adyacentes, a la legión de Hostilio Mancino, semidiezmandola. Emilio Lepido y sus mercenarios, fracasan también. En 136 A.C., Lucio Furio Filón, con un numeroso ejército, se retira sin atreverse a atacar la plaza. En 135 A.C., lo mismo hacen las tropas de Calpurino Pisón. En 134 A.C., **Numancia** era defendida sólo por 4.000 hombres; pero parecía grande a Roma. Antes sus tapias se habían inclinado las águilas romanas y varios ejércitos habían mordido el polvo, perseguidos por los **numantinos**. Si con **Viriato**, Roma tuvo su primera gran alarma, **Numancia** fué el segundo gran terror de Roma... «De Roma—se indigna un historiador imperial—vencedora de Antioco el Grande, de Cartago, de Corinto, de Macedonia, de la Grecia toda, y del Asia Menor! ¡De Roma, árbitro a la sazón de las grandes monarquías de Egipto y de Siria!»

El senado romano, deseando acabar de una vez con los **numantinos**, envió para destruirlos a Escipión Emilio (13) que, en la primavera de 133 A.C. acampó delante de la plaza con 60.000 soldados. A pesar de tal superioridad, no se atrevió a atacarlos y, bloqueando estrechamente la ciudad, la redujo por hambre, mientras las catapultas bombardeaban sin cesar a **Numancia**. Los **numantinos**, sin alimentos ni socorros del exterior y, ante la afrenta de ser todos crucificados y pasados al filo de la espada si se entregaban, reuniéronse en el centro de las ruinas de **Numancia** y después de incendiar los pocos edificios que quedaban en pie, se envenenaron todos. Cuando Escipión el asesino, penetró en **Numancia**, sólo profanó cadáveres medio sepultados en los escombros y las cenizas de aquella ciudad celtibera.

El senado otorgó el título de «numantino» a Escipión el Africano, por la toma de **Numancia** «inmenso sepulcro, grandioso panteón labrado por las manos de los mismos héroes que se sepultaron en él» (Polibio dixit).

El ejemplo de **Numancia**, resistiendo a la orgullosa prepotencia de Roma (cúspide del totalitarismo autoritario de aquellos tiempos), es una lección de libertad indómita, frente al avasallamiento de la tiranía dominista.

— VIII —

Destruída **Numancia**, subdividió el senado de Roma a España en diez distritos «militares», manteniendo el rigor de la ocupación militar perpetua.

A pesar de tales medidas, continuaron las rebeliones locales. En 98 A.C., los habitantes de **Jerisón** (cerca de Cazorla, provincia de Jaén) irritados contra la soldadesca romana por sus excesos, en una noche de invierno, confabulados con el campesinado circundante, los mataron a casi todos. Sertorio, tribuno romano que allí mandaba, logró escapar y volvió

con una legión que asesinó a toda la población de **Jerisón**, como así a la de la vecina **Castulón**.

Este criminal, luego «arrepentido», quiso hacer de toda España, una «nueva Roma», al margen precisamente de Roma, a causa de la guerra civil que estalló en Italia, entre los partidarios de Mario y Sila (87 A.C.) Sertorio, declarándose por Mario, combatió por él en España. Debido a su demagogía algunos pueblos celtiberos lo aclamaron (14). Fué eliminado por Marco Licinio Craso, fiel a Sila y a Roma. Este bandido, con la brutal saña que caracterizaba a todos los militócratas, volcó su furia y su rabia contra los españoles. Su soldadesca, recorrió la codiciada Turdetania, a la que impuso crecidas contribuciones de guerra, luego de talar los campos y saquear los pueblos, matando a numerosos habitantes. Málaga fué regalada por aquel bárbaro, a la codicia de la soldadesca legionaria. A causa de su lujuria, Surena, que lo hizo prisionero en una escaramuza contra los partos, le hizo morir echándole oro derretido por la boca (53 A.C.).

Hubo también otra ciudad rebelada, **Calaguris Nasica** (Calahorra), en la que fueron asesinados 3.000 civiles.

Habiendo sido nombrado cuestor de la Ulterior, vino a España el renombrado criminal Cayo Julio César quien, según narra Suetonio (15) saqueó con su soldadesca toda la Lusitania, matando a casi toda la población de **Brigantino** (La Coruña).

Las rebeliones de carácter local, siguiendo estallando por doquier, fastidiaban a los tiranos que no podían exterminar la rebeldía de los iberos.

— IX —

Sexto Pompeyo hizo saquear la ciudad de Córdoba matando a cientos de civiles (44 A.C.). Recorrió toda la **Lacetania** a sangre y fuego, crucificando a villorrios enteros. Por su parte, Julio César, a causa del incremento de las rebeliones, volvió a desembarcar en España por Ampurias, con el fin de sofocarlas. Crucificó y pasó al filo de la espada a miles de españoles; pero, sus águilas romanas sufrieron un serio descalabro en el **Sicoris** (Segre), hostigadas y decimadas por las guerrillas celtiberas (16).

En el año 26 A.C., parecía que el Imperio romano había entrado en una paz bastante larga, cuando hallándose el emperador Augusto en Narbona (17), preparando una expedición militar contra las islas inglesas (Británicas), de nuevo retumbó por el Imperio el «rugido de la independencia española» (18). Fué, narra un historiador romano «un grito de desafío y amenaza que azotó el rostro de Roma lanzado por los astures y los cantabros. En pos de la amenaza vino el ataque, y un ataque a la española, que interrumpió el reposo del Imperio e hizo necesaria la presencia de Augusto al frente de un numeroso ejército, para obtener satisfacción del insulto hecho a Roma por un puñado de montañeses, cuya bravura competía con la de los leones que César presentaba al pueblo rey en las arenas de los circos».

— X —

Pasó Augusto los Pirineos y sentó sus reales en **Segisamo** (Sesamón), entre Burgos y el Ebro, desde donde intentó atraer a los montañeses hacia el llano, pero sin resultado. Burlando sus intentos y manteniéndose en la defensiva, se cansó Augusto y se retiró a Tarragona, pasando el «mando» de sus huestes asesinas, a Cayo Antistio.

La soldadesca de Antistio logró copar a las cantabros en **Vellica** (cerca de las fuentes del Ebro) asesinando

nando a las tres cuartas partes de ellos. El resto se refugió en el monte **Medulio** (montañas Medulas), posición inexpugnable, en donde se hicieron fuertes. Antistio hizo circunvalar el monte con un profundo foso de quince millas de extensión, dispuesto a exterminar por el hambre a los **cantabros** que no podía reducir por la espada. Entre la muerte y el asesinato romano, optaron los **cantabros** por envenenarse y así lo hicieron. Aún ya muertos, los romanos, por sadismo, crucificaron a muchos de ellos.

De igual denuedo dieron elocuentes pruebas los **astures**, contra el formidable ejército de Publio Coricia que, logró sitiar a un fuerte grupo de ellos en **Lancia** (cerca de León) y exterminarlos a todos sin piedad.

Vuelto Augusto a Roma, resurge una nueva sublevación masiva de **cantabros** y **astures**. «El gobernador supremo de la provincia—escribe Suetonio—acudió ejecutivamente contra los rebeldes; taló sus tierras, incendió sus viviendas e hizo cortar las manos a cuantos prisioneros cayeron en su poder». Barbarie que exasperó hasta el paroxismo a los montañeses, que arrollaron en varias partes a las legiones romanas, a las que asestaron rudos golpes.

La guerra de **Cantabria** se volvió el «tercer terror de Roma». Agripa, vencedor de los germanos, vino a dirigir la represión. Con un ejército numeroso recorrió victorioso toda la **Cantabria**, asolando el país, incendiando las poblaciones y degollando a cuantos nativos caían en sus manos» (19). Obligó por la fuerza

a trasladarse hacia el llano a las mujeres y los niños, que fueron esclavizados.

La guerra de **Cantabria** terminó «con el exterminio de todos los naturales de aquella tierra, la última que sostuvieron los romanos contra los españoles, y la que puso más de relieve la bñosa arrogancia de las víctimas» (Suetonio).

Después del exterminio de **astures** y **cantabros**, luego de doscientos años de incesante lucha contra los asesinos romanos, toda España, quedó reducida a provincia del Imperio.

Agripa «vencedor de los Cantabros» (19 A.C.), regresó a Roma, y en tal ocasión se cerró el templo de Juno.

«España—escribe Tito Livio— fué la primera parte del continente europeo que ocuparon los ejércitos romanos y la última que sometieron.»

*

La llamada «paz octaviana» reinaba en el mundo cuando empezó el año 1 de la era vulgar («época cristiana») cuyo transcurso abarca ya casi dos milenios de terror militar y de barbarie humana, no sólo en España, sino en el mundo entero. Mientras el crimen legal del militarismo siga existiendo en el mundo, éste continuará sumido en el caos y la barbarie (20).

Vladimir Muñoz

Enero de 1955.

(1) Esta hipótesis es razonable. Como es del conocimiento del historiador español Mariana, los fenicios «colonizaron» en América del Norte, 15 siglos A. C. Más tarde, el Senado de Cartago, enterado de la existencia de colonias fenicias trasatlánticas, prohibió difundir la noticia por toda Numidia, temiendo una emigración masiva. Para más detalles sobre esto, véase mi artículo «La Prehistoria de América» (**Solidaridad Obrera**, París, 1945.)

En cuanto a la pericia náutica de los amerindios, basta reflexionar sobre las extensas navegaciones en el Pacífico, por balsas incaicas («**Kon-Tiki**») y «**Las siete hermanitas**») realizadas recientemente.

(2) J. Guichot «Historia general de Andalucía», 1830. Aunque he consultado a este historiador y a los historiadores romanos que he podido leer, como así estudiado algunas «historias» oficiales, sobre Portugal y España, este ensayo sin pretensiones tiene el solo fin de denunciar, una vez más, la manifiesta barbarie del gran crimen legal: el **militarismo**, fomentado por todos los Estados del mundo. Militarismo criminal que, en nuestro vigésimo siglo, es la cúspide de tres milenios de terror bélico.

(3) A consultar sobre los fenicios la antiquísima obra de Sanchoniaton «Historia de Fenicia».

(4) Tal éxodo fué debido a la invasión de Fenicia, por la soldadesca de Josué, sucesor de Moisés (1452 A.C.). Procopio, vió un monumento fenicio en Tánger, con la inscripción: «Llegamos aquí huyendo del sanguinario Josué».

(5) **KARTHA HADTH** en fenicio (Ciudad Nueva).

(6) Los cartagineses inventaron la «política» y fueron los primeros en violar los tratados entre gobiernos (fé púnica). Verdaderos millitócratas, poseían legiones veteranas en el asesinato guerrero.

(7) El «imperialismo expansionista» data de tiempo.

(8) También a la sazón y con idénticos procedimientos ocuparon Cerdeña y Córcega.

(9) Roma era entonces lo que es hoy «Estados Unidos» para muchas gentes y Cartago representaba el actual espantajo ruso. Ambos senados concertaron entonces un «tratado de no-agresión» (algo así como «germano-soviético»). En 264 A.C., ambos imperialismos iniciaron la primera guerra púnica que duró 22 años, perdiendo Cartago las posesiones de Sicilia y Córcega, como así Cerdeña. En 238 A.C., rebelión masiva contra Cartago, por parte del pueblo africano (guerra de los mercenarios). Por vía de

represalia, Cartago arrojó a las fieras, a todos los prisioneros, crucificó a los diez cabecillas principales y degolló a 40.000 rebeldes que se habían entregado.

Para contrarrestar las pérdidas de Cartago en Italia, su senado decidió apoderarse de toda España, de las Galias y aplastar por tierra a los romanos.

(10) Este espejismo, muy frecuente en la historia, se ha repetido muchas veces en el siglo XX.

(11) Llamados así por Tito Livio y otros historiadores romanos.

(12) **Numancia**, cuyas ruinas han desaparecido totalmente, estaba situada en las proximidades que hoy forman el término del pequeño pueblo de Garay.

(13) O Escipión el Africano, vencedor de la ciudad de Cartago, poblada con 700.000 habitantes, a la que venció después de cuatro años de sitio.

(14) Corneille escribió más tarde: «Roma no estaba en Roma, sino donde estaba Sertorio».

(15) En «Vida de los doce Césares». De Julio César, aun subsiste la barbarie del calendario juliano.

(16) Julio César fué uno de los tiranos más sanguinarios que registra la real historia. Los émulos del dominio, no lo creen así, pues para «glorificarlo», surca actualmente las aguas mediterráneas y atlánticas el «Giulio Cesare», moderna motonave italiana.

Este demente, que se hacía llamar «Imperator», «César semi-Dios», etc., cayó asesinado por el puñal parricida de su ahijado Junio Bruto. A él se debe el calendario «juliano» que viene rigiendo y, con su nombre de «Julio» al séptimo mes del año.

(17) Augusto, que sucedió a Julio César, se otorgó para la posteridad el octavo mes («agosto») del calendario juliano.

(18) Tito Livio dixit.

(19) Tito Livio dixit.

(20) Falta en este estudio que podríamos llamar histórico, «al margen de la oficial historia» (tejido de mentiras, falsedades y adaptaciones a la causa dominista) un sin fin de datos que, de ser recogidos, llenarían copiosos volúmenes. No obstante, con su brevedad informativa, aporta su grano de arena en la lucha cultural contra las bárbaras hordas del «militarismo», azote secular de la humanidad y perenne verdugo de las poblaciones civiles a través de los siglos.

ALGUNOS CONCEPTOS SOBRE LA EDUCACION



PARA que el niño pueda encontrar algo a decir, precisa que los temas que le son presentados estén al alcance de sus conocimientos y de su capacidad. Debe poseer, sea en su imaginación, sea en su experiencia, sea en sus libros, todos los elementos que le son necesarios para construir su «obra» personal. Por otra parte, no puede descuidarse el enseñarle la facultad de abstraer que él sólo posee de forma más o menos imperfecta. Un alumno mejor dotado o más despierto que otro, sabrá instintivamente captar un hecho, pensar, encadenar sus ideas, expresar lo que ve y lo que siente. Supongamos que deba describir la nieve que cae. Sabrá distinguir, analizar los diferentes aspectos de esta nieve, su forma de caer, su amontonamiento sobre el suelo, los juegos de la luz, el silencio, la impresión que desprende el paisaje que le rodea, los niños que juegan, etc... Pero, ante el mismo tema, otro alumno sólo sabrá constatar pasivamente un hecho concreto, estrictamente sensorial: la nieve cae. Habrá que enseñarle a «ver», arrastrarle en el mecanismo del pensamiento, al paso de lo concreto a lo abstracto; hasta que ello se convierta en él en natural y automático.

Para despertar en los niños este deseo de traducir sus impresiones, no hay que encerrarse en temas de pura descripción. Es preferible dar libre curso a su sensibilidad, su inteligencia, su imaginación, su sentido de lo pintoresco, su capacidad a reproducir la actividad de los seres, el movimiento de los objetos. En lugar de aprisionar a los niños en el mundo de sus sensaciones inmediatas y fugitivas, en mi opinión es esencial despertar y desarrollar en ellos estas preciosas facultades. Precisa también buscar temas variados, a fin de no fatigarlos. Uno de los mejores medios de avivar su interés y su gusto literario, consiste en dejarles la iniciativa de la elección del tema. Uno de los métodos que más puede perjudicar a la enseñanza, es la costumbre de dar a los alumnos un plan detallado y de acuerdo con el cual deben redactar su composición. Esto impide que los niños evidencien sus aptitudes y sus sentimientos reales y hace fastidioso su trabajo.

Para enseñar al niño a expresarse, debe procederse por etapas.

En los cursos elementales, el niño no posee bastantes ideas ni expresión. Hay que ayudarlo a remontar las primeras dificultades; enseñarle a traducir una idea con la ayuda de una pequeña frase simple y correcta.

En los cursos medios, aprenderá a combinar lógicamente pequeñas frases. Y es sólo en los cursos superiores cuando puede empezar la verdadera enseñanza de la redacción de las composiciones.

La finalidad de la enseñanza debe ser su utilidad, tanto inmediata como futura. Debe tener en cuenta el interés de la criatura y no la ambición del maestro, deseoso de obtener buenos deberes, de encontrar bonitas páginas literarias. Es preciso estimular a los alumnos mejor dotados, pero debe pensarse en todos los niños por igual. Es sobre el resultado del conjunto, como debe juzgarse del valor de la prueba. Además, no puede olvidarse que lo que les será más útil a los niños, en la vida corriente, es el buen sentido, los pensamientos claros, el razonamiento justo. Un lenguaje preciso, objetivo, simple, les será por regla general más necesario que una lengua adornada y puramente literaria. Precisa que sepan escribir correctamente y encontrar con facilidad las palabras adecuadas para expresar exactamente su pensamiento. A la vez que se les deja una gran libertad, conviene elegir para los alumnos temas especialmente estudiados para dirigir, modelar su imaginación. Pues si bien ésta es muy rica en el niño, si éste posee el sentido de la observación, sus ideas se ven irresistiblemente conducidas hacia la imprecisión y la incoherencia. Lo mismo puede decirse de la sensibilidad; aunque muy viva, ella está hecha de emociones simples y puramente fisiológicas. Hay, pues, que tender a ampliar su experiencia, su imaginación. Poco a poco, y gracias a su reflexión y a los progresos de sus conocimientos, irán adquiriendo una profundidad de sentimientos, un valor moral y una sensibilidad más aguda y menos fácil. La enseñanza debe orientar al niño hacia el sentido justo, real y práctico de la vida. Debe prepararle para ella, armarle en la medida de lo posible, para la existencia que está llamado a afrontar.

La educación debe intensificar los sentimientos del niño, activar su búsqueda de la verdad, estimular constantemente su iniciativa personal, desarrollarle el amor y la necesidad de la libertad.

Vida ESGLEAS-MONTSENY



ESTADO Y SEXO

en la cultura moderna



ABEMOS cuanto el Estado avanzó sobre la economía del hombre—problema del pan—contra las libertades y demás atributos de la condición humana, no habiendo dejado de someter a sus vaivenes coercitivos a fenómenos tan importantes como los del sexo. De paso diremos al ocuparnos de las relaciones de estos instintos con el Estado, que las cuestiones sexuales recién en

los últimos decenios se han aclarado un poco, comenzando a vislumbrarse otras significaciones, mientras que el Estado moderno había apostado su artillería pesada desde mucho tiempo atrás.

La sexualidad es el conjunto de fenómenos de toda vida sexual del hombre en su evolución individual y sociedad incluyendo por supuesto la reproducción—considerados como función total del cuerpo y psiquis.

No podían fenómenos sociales tan importantes haberse salvado del espectacular avance, que le llevó la ofensiva estatal de los siglos XIX y XX. Naturalmente que las concepciones de los Estados sobre el sexo derivaban de las ideas salvajes antiguas, religiosas o folklóricas que se habían heredado de siglos primarios, hasta de los tiempos de la edad de piedra y muchas de esas herencias hoy son esgrimidas por el Estado contra el hombre «civilizado»...

La legislación moderna anuncia que protege a los dos sexos en su anatomía e interrelaciones. Hasta hace medio siglo no se sabía que clase de protección era esta, pues los problemas no estaban aclarados y menos bien estudiados. Sin embargo, se atrincheró en dos puntos fundamentales: la prostitución y el matrimonio. La mayoría de las poblaciones fueron empujadas hacia estas dos antiguas instituciones de poder, queriendo hacer entrar al conjunto de la sociedad (hombres y mujeres) dentro de los límites de estas dos creaciones originales de los hombres primigenios.

El matrimonio religioso o estatal fracasó y se le dió una salida con el divorcio que recién se incorpora a la legislación mundial salvo excepciones, mientras la prostitución explotada por el Estado pretendía complementar los fines salvadores del primero. Los estudios modernos probaron que la prostitución era un mal más de origen autoritario que individual y que las uniones sexuales eran de parejo número, se tratará de prematrimoniales como postmatrimoniales amén de otras prácticas idénticas o aproximadas fuera como dentro del famoso sacramento.

La sexualidad se le escapó al Estado como antaño a la Iglesia y hoy anda unificada con el amor libre, más allá de las viejas instituciones demostrando su eterna vitalidad.

Occidente es el heredero inmediato del Estado, derecho y otras instituciones romanas y en él influyeron la autoridad del padre, los derechos del masculino y económicamente la propiedad privada, hasta en nuestros días en los cuales uno de los fundamentos

sagrados de la familia es la economía capitalista o estatizada, pero este punto claro de ver, largo de tratar lo dejaremos para otra oportunidad.

Diremos solamente, que el Estado moderno hace suyo el matrimonio al principio indisoluble y hace suya también la prostitución al principio indisoluble, unida el uno a la otra como el cuerpo a su sombra (1).

Lo más pintoresco de mostrar es la legislación abultada moderna que toma la sexualidad humana y la incorpora a usos, necesidades y funciones de sí mismo.

Los Estados, entidades guerreras por excelencia, han sostenidos la tesis del aumento de población. Para ellos la pareja humana es principalmente factor reproductivo. Naturalmente tienen por meta el fenómeno guerra y trabajan insistentemente con una legislación copiosa en aumentar la población. El fascismo y nazismo dieron premios a las madres proclílicas (2), trataron por todos los medios de elevar el coeficiente de reproducción hasta que terminaron en una guerra que mató a más de 50 millones de personas. Esta fué y es la gran tesis estatal, por un lado aumento de la población, por otro destrucción «gloriosa» de la mayor cantidad de hombres, mujeres y niños. Naturalmente el hombre se rebela contra esto, que el Estado dirija al sexo como le viene en ganas o necesidades, que las personas sólo sean conejos de su aumento experimental, bochorno inaceptable por la gente sensata y la cultura actual.

El fascismo italiano llegó a penar con meses de cárcel al vendedor de un preservativo. En cambio, por la misma época, los fabricantes norteamericanos produjeron más de 1.000 millones de preservativos, anualmente, aunque en algunos Estados fuese prohibida su venta.

El Estado proletario ruso, en su primera época, hasta 1936, establece la tolerancia del aborto, instalando numerosas clínicas, para estas prácticas y se llevan a efecto, según sus propias estadísticas, más de 2 millones anuales. Poco antes de su guerra contra el nazismo quita esta legislación y pone otra contraria condenando dichas prácticas por ser contrarias «a la grandeza de la patria soviética». En síntesis, en una época fué legal, durante otra ilegal y condenable. De donde estatalmente no se sabe si es bueno o es malo.

La política familiar del Estado ruso, cimentada en las necesidades de la producción, población o repoblación, ha fracasado; pues, el hombre es un esclavo y la mujer sigue esclava del Estado, es decir, de un macho inmenso e impersonal.

Con el Estado japonés pasa lo contrario. Antes de la segunda guerra mundial, la legislación japonesa condenaba el aborto. Su población llegó a una densidad de 230 personas por kilómetro cuadrado. Vino la derrota y el Estado estableció la tolerancia para las prácticas públicas del aborto, legalización cuyo fruto

fueron más de un millón de intervenciones anuales. Hoy se agrega la limitación de nacimientos. Muchas mujeres jóvenes, lo mismo que en los soviets, han acompañado durante sus vidas las prácticas de ambas legislaciones contradictorias y opuestas en el mismo país.

El Estado alemán socialista autorizó el aborto, los nazistas lo quitaron inmediatamente. Nazistas y fascistas sostuvieron siempre que la mujer pertenecía al Estado, fin a que fatalmente llegarán los Estados en su evolución totalitaria.

«En Francia, el aborto es declarado crimen contra la seguridad del Estado y según Simone de Beauvoir —en su hermoso libro «El segundo sexo»— se realizan más de un millón anualmente, número más o menos igual al de los nacimientos.

Durante el siglo pasado, los Estados reconocían dos clases de hijos: legítimos y naturales. Hoy, unos cuantos, no hacen distinción y suprimieron la diferencia irracional, pues se sabe, de antes de la invención de Adán, que todos los hijos son biológicamente naturales.

Pero es en otras implicaciones del sexo donde el Estado puso la nota arbitraria, nos referimos al Onanismo. Este fenómeno o práctica es normal en la especie humana y no tiene nada de patológico, lo malo son las ideas de temor, miedo o preocupación que este fenómeno despierta en la juventud principalmente. El psicoanálisis que realizó en el mundo, una formidable revolución, sostiene que la masturbación es una práctica educativa del hombre en su primera edad y mientras no sea exagerada tiene aspectos de normalidad...

Tomemos ahora el adulterio, lo que se llama horrorosamente el adulterio por quienes lo practican en privado y hablan mal en público. Así como la masturbación es constante, a los 18 años, en hombres y mujeres, así también el adulterio es frecuentísimo en la vida de los «casados».

En algunos Estados antaño, la masturbación fue penada con la muerte; lo mismo pasó con el adulterio que también penado con la muerte hoy sufre severas condenas en numerosas partes por legislaciones fósiles.

Ingleses de la conquista y americanos de las colonias prohibieron terminantemente toda actividad sexual no conyugal. Costumbre a la cual no pudieron las distintas naturalezas humanas o temperamentos, amoldarse o adaptarse.

Se persiguió el adulterio como criminal y hay diez Estados norteamericanos que imponen reclusión perpetua por un solo acto de adulterio. Otros no tienen pena criminal como Tennessee. Los hay, como Michigan y Washington, en los cuales hay pena si una de las dos partes se queja.

En cambio, los estudios efectuados por el Instituto de Investigaciones Sexuales de la Universidad de Indiana, bajo la dirección de Alfredo Kinsey y sus colaboradores (3), demuestran que el coito extraconyugal es tan frecuente como normal en la humanidad matrimoniada. Lógico es que así sea; pues, nunca toda la sexualidad del ser humano pudo anquilosarse en los límites del matrimonio legal, ni siquiera en la reproducción.

«Las reglamentaciones estatales de los instintos sexuales han fracasado... no es seguro que no lleve en sí un rechazo de su satisfacción», decía Freud. «Lo cierto es que no se deja integrar a lo social, porque en el erotismo hay una rebelión del instante contra el tiempo, de lo individual contra lo universal; si se quiere canalizarlo y explotarlo se arriesga darle muerte, pues no se puede disponer de la esponta-

neidad viviente como se dispone de la materia inerte, y además no se puede forzarla como se fuerza una libertad.» (4).

¿Qué tiene que ver el Estado con el coito? Es asunto privado y social como lo es la unión sexual, carifios y demás de un hombre y una mujer. Allí también planta el monstruo su garra incivil, y si las cosas siguen así, pronto veremos que el coito o la maternidad serán declarados obligatorios o prohibidos terminantemente según convenga a la patología mental de los gobernantes. Esto que decimos no es ninguna aventura, fresca está todavía en la memoria mundial, la degeneración expresada públicamente por las bandas nazis de tarados sexuales, que dirigía la Alemania al principio de la última guerra. Por cuanto una degeneración individual, sola, puede aislarse o curarse, pero cuando la degeneración es manejada por el poder estatal el daño se multiplica en proporción geométrica y consecuencias infinitas para la sociedad.

Es el poder estatal que cuando esgrime una ética sexual de fuerza, conveniencia o guerra la sufren las masas. La degeneración de un grupo contagia a otro y a los pueblos, apartándose los procesos científicos ya conocidos por el avance experimental y aplicados al sexo científica y racionalmente.

No está lejano el día, con el avance forzado de la estatización que universalmente padecen las colectividades civilizadas, que se legislará integralmente sobre amor, así como hoy se ha agotado el campo de los problemas del pan. Aparecerán leyes sobre la virginidad, la homosexualidad, el sadismo, el masoquismo y numerosos fenómenos apenas conocidos o por conocer, sufrirán el impacto de la violencia y la ignorancia, legiferará con el coito siguiendo el antiguo código católico que afirma que cada conyuge está obligado a hacerlo cumpliendo los deberes matrimoniales y sólo ellos y en dichas condiciones...

Nosotros creemos que el Estado no tiene ningún derecho a inmiscuirse en la vida sexual de hombres y mujeres. La unión de dos seres que no perjudica a un tercero nos es éticamente indiferente. El tercero sería el hijo y en este caso es la sociedad la que puede exigir una responsabilidad y nada más. Y claramente le negamos derechos al Estado que fué un organismo creado para defensa y justicia y ni pudo defendernos, ni llegó a la realización de la justicia entre los pueblos. Por otra parte, las ciencias sexuales han avanzado bastante para poder orientar los costumbres y la vida por sugestión racional y respeto a la personalidad de hombres, mujeres y niños.

Los procesos sexuales hay que mirarlos objetivamente, no místicamente, con ojos científicos y espíritu racional y si en numerosos casos de las relaciones sexuales hay algo desajustado son médicos y psiquiatras, educadores, etc., quienes deberán actuar, no la cárcel o el vigilante y éste será el único camino que tendrán las sociedades civilizadas al aprovechar los grandes progresos realizados por la sexología y la tolerancia humanas.

Doctor Juan LAZARTE

(1) En Inglaterra de hoy, cada prostituta paga un impuesto especial por ejercer el comercio y sólo es procesada si arma escándalo.

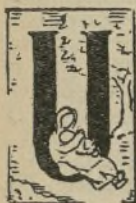
(2) El Estado totalitario establece leyes en favor de las familias numerosas; impuesto a los célibes; empréstito a las familias numerosas; elevación de la edad mínima para el matrimonio (Egipto), etc., etc.

(3) Conducta sexual del varón. Conducta sexual de la mujer.

(4) Simone de Beauvoir, Op. c., pág. 99.

Mi opinión sobre "CENIT"

MI EXPRESION DE GRATITUD



UNA discretísima nota aparece en el último número de «CENIT» dirigida a sus lectores y amigos recabando nobles opiniones. Consta de ocho puntos, cada cual más claro y más concreto. Yo acerco la Revista a mis labios, y así le pago el consuelo y la esperanza que me trae. Ya soy viejo y dispongo de poca salud, pero por esto mismo, y no por otra cosa, digo, que la Revista «CENIT» está bien, porque observo ideas y sinceridad en ella.

Claro, que siempre hay un mejor, pero el sabio dijo que «lo mejor es enemigo de lo bueno».

Además, difícil es conseguir y sostener un equilibrio estático y constante, y es un equilibrio dinámico lo más que llegamos a lograr tras una, continua y tenaz labor. Y esto es así porque la materia y el espíritu evolucionan a diferentes velocidades y las unidades de medida no existen para la compleja dinámica intelectual.

Claro es que existe el adagio «Renovarse o morir», pero en eso estriba todo éxito, y no en otra cosa, en la sabiduría de los medios en cantidad, calidad, y velocidad que han de constituir esta renovación, lo cual nos sugiere, entre otros puntos importantes y definitivos, el ritmo conveniente con fijación de pausas y orientación en las materias que convienen en tal o cual momento.

Hemos de pensar, entre otras cosas, en que cada 25 años se agota una generación y surge otra, y que muchos de nosotros estamos viviendo en nuestra segunda y aun tercera generación, y que, «siempre» han estado actuando y actúan y actuarán las dos fuerzas: la moral e intelectual y la física, cuyos cambios se reflejan en todos los actos de la Humanidad siempre nueva, pero con el bagaje de todo lo pasado.

Ha suscitado la mencionada discretísima nota, un admirable movimiento de consulta que debe perseverar mesuradamente, sin aturdirse, para obtener un resultado regenerador constante y ascendente.

Se habla de los grabados; de las más atrevidas obras modernas; del sistema doctoral o académico y del personal o consultativo. Yo opino que cualquier medio que se emplee se obtendrá buen resultado, porque hay comunidad de intereses espirituales, fraternidad y tolerancia.

Otros hablan de la difusión doctrinal de los autores cé-

lebres en materia didáctica: Dickens, Smiles, Reclús, Castelar, Galdós, etc. Otros se orientan hacia los libros de técnica pura y la poesía que es como la ciencia del alma...

Todos son buenos caminos para llegar a buen término en el viaje hacia la cultura si sabemos evitar el peligro de la precipitación; si hacemos motivo doctrinal el axioma «Andar como la estrella, sin prisa, pero sin pausa», es decir, no correr, pero no parar, pues la culturización y el perfeccionamiento son dos planos inclinados que cansan, sofocan, y asfixian si queremos subirlos corriendo.

Se menciona la doble frase Evolución y Revolución. Una comunidad de hombres evolucionados, por el solo hecho de serlo, han ganado ya la Revolución. Este es el paso de la estrella: el de la constancia, porque reduce a polvo todas las violencias. El idioma universal es también un medio revolucionario, porque revela confraternidad, y el buen criterio nos aconseja no reñir con nuestros hermanos, si no convergerlos.

Si no fuera el temor de cansaros os haría un relato a lo Julio Verne del «viaje alrededor de mi cuarto». Cartas, folletos, revistas y libros: Libros, revistas, folletos y cartas. Y pare usted de contar. Y en esos elementos de información lo que interesa es la variedad, que unida a la unidad y a la armonía interpreta las condiciones de la Naturaleza, que es eso, y nada más que eso: Unidad, Variedad, Armonía. Así, toda obra humana debe aproximarse a la posesión de este tríptico para ser perfecta, lo cual indica que un «CENIT» con estas condiciones sería un «CENIT» inmejorable e irreprochable, que, es, en definitiva todo lo que podemos desear. Si es posible o no, los hechos lo han de demostrar y ese es el motivo de las presentes líneas.

¿He puesto una pica en Flandes? ¿He acertado? ¿Vale, o no, la pena mi trabajo? No lo sé, vosotros lo diréis. Mi intención es buena, pero también sé el adagio de que «El infierno está empedrado de buenas intenciones», significando que no basta con pensar y enjuiciar, es menester acertar en el remedio, si remedio requiere el presente caso, que cuando más es un pequeño problema de sincronización, ya aludida, que repetimos para que conste como cosa normal y fácil cuando hay buena voluntad por parte de todos. Quien más sepa, que más diga.

Alberto CARSI

Las causas profundas de los grandes cambios humanos, no se hallan en los círculos de los letrados: radican en las aspiraciones de los humildes. Son los desheredados de la tierra quienes han perseguido más enérgicamente el ideal y quienes han elaborado el bien en que vivimos. Son los infinitamente pequeños, en lo profundo del sombrío mar de los pobres, quienes fundan el porvenir.

Paul DESCHANEL.

CUENTOS DE LA NOCHE

LA AVENTURA



CUANDO hubo colocado las maletas y doblado el abrigo, preparándose para la noche de viaje que tenía delante, Alicia miró a sus compañeros de compartimiento. En los dos rincones del pasillo había dos soldados, probablemente del cuerpo de aviación. Frente a ella, al lado de la ventanilla, un hombre joven, moreno, que leía un periódico extranjero.

Alicia respiró profundamente. Diez días pasados en París no habían hecho más que aumentar su tedio, la vaga sensación de malestar con que reintegraba siempre el hogar conyugal. Otra vez la esperaban las obligaciones de su vida gris, inalterable. Su marido, jefe de sección en una Prefectura de segundo orden, era la encarnación del perfecto funcionario: correcto, impersonal, desdibujado, con una sola preocupación primordial: que los cuellos de las camisas estuviesen bien planchados y que la raya de los pantalones fuese siempre impecable.

Su vida estaba rigurosamente cronometrada. A las ocho el desayuno, después de unos pasos de gimnasia sueca, y de una ducha en verano. A las ocho y media, salía a pie para la oficina. A las nueve, con puntualidad ejemplar, estaba en su despacho. A las doce y media regresaba. A la una comía. A las dos y media, después de una siesta en verano y de un rato de reposo escuchando la radio, en invierno, vuelta a la oficina. Por la noche, con la misma puntualidad a casa: cena, lectura, una vez a la semana al cine; a las diez a la cama. Con la misma puntualidad, una vez a la semana — en día que no coincidiese con el del cine — deberes conyugales estrictamente cumplidos. De esta forma la salud, la moral, la sociedad no tenían nada que reprochar a este hombre modelo.

En verano, durante las vacaciones, viaje tradicional a casa de los padres de Marcos, en un pueblecito de los Pirineos. Allí pasaban dos meses y medio. El mismo orden, la misma cronometrización del tiempo. El padre era un antiguo notario retirado con una renta sustancial. La madre, una señora rígida y devota, fanática del orden y de la limpieza, que había inculcado sanos e inamovibles principios a su único retoño.

Marcos y Alicia no tenían hijos. Sin duda, la fantástica naturaleza, rebelada contra tanto método, se complacía en defraudarles en el único deber dejado incumplido por el cumplidor mozo: el de asegurar la continuación de la raza.

Alicia se casó a los veinte y un años con Marcos. Huérfana de madre, su padre vuelto a casar con una mujer que nunca pudo amar ni hacerse amar de la hija de la «otra», Alicia, para huir del hogar hostil, en el que se sentía desplazada, aceptó el primer partido que se le presentara. Marcos no era feo; parecía un hombre correcto, con porvenir, con una carrera de funcionario que prometía la seguridad material y

ciertas consideraciones de orden social. Alicia, sin amor, pero sin repugnancia, lo aceptó por marido.

Hacia siete años que estaban casados, y aquél era el primer viaje que había realizado a París sola. Había muerto una hermana de su madre y ella fué a asistirle en sus últimos momentos. El día antes la enterraron y diligentemente ella regresaba a su casa, pues Marcos le había dicho:

—No estés más que los días estrictamente necesarios. Piensa que tu puesto está aquí, a mi lado, y que la casa necesita siempre de la vigilancia de una mujer.

*

El libro que tenía abierto sobre las rodillas se deslizó de sus manos. El lento mecer del tren, el calor del compartimiento, una vaga sensación de bienestar animal, la sumieron en un sopor dulce. El viajero que estaba sentado frente a ella lo recogió del suelo y se lo puso suavemente sobre la falda. Pero el ligero roce de sus manos despertó a Alicia.

—¡Oh, gracias!—balbuceó, sonrojándose.

El hombre la miró, sonriéndola. Era buen mozo, de una treintena de años y parecía extranjero. La juventud de Alicia, la melancolía de su bonito semblante, un no sé qué de encantador y de patético que de ella se desprendía, le interesaron.

—¿Va usted muy lejos?—le preguntó en buen francés, pero con acento extranjero.

—Hasta Carcassonne—dijo Alicia.

—¿Vive usted allí?... Si no es indiscreto el preguntarlo.

—¡Oh, no! ¿Por qué sería indiscreto?

—¡Qué sé yo! A lo mejor, es usted una bella misteriosa, que viaja de incógnito.

—Ni soy bella, ni misteriosa.

—Es usted arte y parte en el asunto. No puede juzgarse a sí misma.

Alicia se sentía turbada; el rubor coloreaba su semblante y agitaba su pecho. El extranjero se dio sin duda cuenta de ello y siguió observándola con curiosidad divertida.

—¿Es usted italiano o español?—se atrevió a preguntar ella.

—¿Tan mal hablo el francés que ha comprendido usted enseguida que no era mi lengua propia?

—¡Oh, no, no! Lo habla usted muy bien, pero siempre hay una diferencia de acento...

—Soy español, en efecto.

—Y... ¿regresa usted a España?

—No. Hace cuatro años marché de allí para no volver en tanto no cambie el régimen. Y si no marché antes es porque no pude.

—¿Tan mal se vive en España?

—Como se vive en todo país donde no hay libertad... La libertad es tan necesaria a la vida humana como el sol, el aire que respiramos, el pan que comemos... Sin sentirnos libres, no hay alegría posible, ni arte, ni vida feliz.

Alicia suspiró. Pensó en su existencia, donde no quedaba ni un resquicio para esa libertad que cantaba el extranjero. Pensó que, en la misma Francia, donde el extranjero se había refugiado, en busca de esa libertad necesaria, cuántas personas viven prisioneras de la vida que les han dado.

Sus ojos, que traicionaban todos sus sentimientos, dijeron algo de todo esto a la mirada perpicaz de su vecino.

—No parece usted muy satisfecha de su vida—dijo él sonriendo.

De nuevo ruborizóse Alicia. ¿Por qué dejaba interrogarla y penetrar en su intimidad a ese hombre desconocido? Pero, precisamente porque era desconocido, porque nunca más seguramente volvería a verle, aquél era el confesor ideal, la oreja complaciente en la que descargar la multitud de complejos, de sentimientos y anhelos sofocados a lo largo de su existencia.

*

Al cabo de cuatro horas de viaje, Fernando Aguilera sabía más de la vida de Alicia que no supo nunca su marido, a los siete años de matrimonio. El la dejaba hablar, clasificándola mentalmente. La eterna sensitiva, la eterna romántica, la Bovary de siempre, la Anita Ozores o la Ana Karenina dormidas en tantas almas de mujer de esa clase media de todos los países. Y, con el instinto fatal del macho de todas las latitudes, contemplando el hermoso cuerpo, el semblante fino y melancólico, Aguilera se decía:

—¡Hermoso fruto, pronto a caer! El imbécil del marido ni conciencia tiene de la crisis que atraviesa



ese delicioso bocado que su paladar es incapaz de apreciar.

Después de haberla dejado hablar; cuando ya Alicia agotó las confidencias en que se abandonaba y se traicionaba la exigencia de su juventud, de su naturaleza, de su sexo, él se inclinó hacia ella, mirándola profundamente:

—¿Su marido la espera mañana?

—Sí. Le escribí diciéndole que llegaría.

—Pero, ¿no le mandó telegrama?

—No. ¿Para qué? Con la carta era suficiente.

—Y si llega usted unas horas más tarde, ¿qué pasa?

—¡Yo qué sé! ¿Por qué me hace usted estas preguntas?

—Porque quiero que baje usted conmigo en Limoges. En lugar de llegar en el tren de París de la mañana, llegará usted en el de la noche. Es posible que un tren escape.

Limoges estaba ya cerca. Aguilera cogió el abrigo de su compañera y empezó a bajar las maletas.

—¡Pero!...—protestó Alicia, estupefacta.

El, con dulce violencia, la obligó a ponerse el abrigo, empujándola por el pasillo.

—Pero qué haré en Limoges, donde no conozco a nadie!

—Me conoce usted a mí, y ya basta.

Sin saber cómo, Alicia se encontró en el andén de la estación. Fernando le llevaba la maleta y la conducía del brazo.

Cuando estuvieron fuera, bruscamente despertada por el aire fresco, Alicia prorrumpió:

—¡Yo no le conozco a usted de nada! ¿Quién es usted? ¿A dónde quiere usted llevarme?

—A mi casa—dijo él con dulzura. Tenemos media noche delante nuestro. Y usted tiene toda una vida de tedio, de monotonía, de resignación, delante suyo. ¿Por qué no quiere usted amueblarla con el recuerdo magnífico de una sola aventura? No me conoce usted, es cierto. ¿Acaso es necesario? Soy un hombre joven, sano, un extranjero, capaz de darle una noche de amor, lo que no ha conocido usted en su vida. Una noche secreta, que será, sin embargo, la ilusión y el ensueño de su existencia. Si quiere, nunca más volveremos a vernos. Su marido no sabrá nada. Su vida de mujer irreprochable no sufrirá con ello menoscabo alguno. Soy la aventura, la poética, la imprevista aventura; quién sabe si el hijo que su marido no ha sabido darle... ¿Qué va usted a perder con ello? Un tren. Y toda su vida quedará llena de este recuerdo.

Alicia, poco a poco, sentía toda vacilación, todo escrúpulo, toda resistencia fundir en ella. Levantó los ojos atemorizados, inquietos, pero llenos ya de pasión contenida, hacia el semblante del forastero:

—¿Quién es usted? ¿Tiene usted familia? ¿Tiene usted hijos?

—¡Qué importa quién soy! Pero si ello sirve para tranquilizarla y quitarle toda última duda, se lo diré: estoy solo. Pero tenía mujer y un hijo. Estoy en perfecto estado de salud. Mi familia es una familia honrada, de modestos menestrales, que consiguieron darme carrera. Hui de España, y hoy trabajo de intérprete en un hotel en París. Vivía antes en Limoges, y conservo aquí una habitación, a donde iremos los dos, a terminar esta noche. A amarnos lo que queda de esta noche.

Alicia, vencida, apoyó la cabeza sobre el pecho del extranjero. Luego levantó los ojos, amorosos y suplicantes, hacia el rostro cetrino, hacia los labios que se entreabrían para ella.

*

... Por primera vez en su vida de puntual funcionario, Marcos, un poco inquieto, llegó tarde a la ofi-

Crónica Científica

..

EL TABACO
Y LA TROMBOSIS CORONARIA

A constante acumulación de datos para demostrar que el fumar aumenta enormemente el riesgo del desarrollo del cáncer pulmonar, ha vuelto a despertar interés en los efectos fisiológicos y curativos de una costumbre casi universal. Hace cinco años, Burn y Walker demostraron cómo el tabaco puede afectar a la circulación sanguínea coronaria. Descubrieron en los perros que la nicotina causaba un aumento inicial en

la circulación seguido de una prolongada restauración y que esa restauración era similar en proporción de ataque y duración al producido por un extracto del lóbulo posterior de la pituitaria. Por otra parte, la cantidad de extracto pituitario requerido era equivalente en cuantía (tomando en consideración la diferencia de volumen de sangre en circulación) a la cantidad producida en el hombre después de fumar uno o dos cigarrillos. Aplicar las investigaciones de laboratorio a las observaciones de un gran número de seres humanos, rara vez es fácil, pero afortunadamente la variabilidad del individuo es tal que los hombres han creado las condiciones de un vasto experimento. No todo el fondo fuma y aquellos que son fumadores no todos fuman la misma cantidad. Además, existe la tendencia, para una persona, una vez empezado a fumar, de quedar dentro de la amplia categoría de fumador ligero o fuerte, a no ser que deje de fumar del todo. Todo lo que hace falta, por tanto, para obtener datos de una relación entre el tabaco y la enfermedad en el hombre, es registrar la costumbre de fumar de un grupo bastante grande de personas y esperar hasta que el paso del tiempo revele la naturaleza de enfermedad de que éstas sufren subsiguientemente.

Una extensa investigación de este tipo ha sido emprendida en los EE. UU. por la American Cancer Society. Los primeros descubrimientos han sido publicados por Hammond y Horn. Esos datos básicos fueron recogidos con la cooperación de más de 22.000 asistentes voluntarios, esparcidos por 394 provincias e incluyendo distritos rurales, así como grandes ciudades y villas. Los asistentes estaban organizados en grupos de cinco a diez personas; a cada una de ellas se le invitaba a recoger datos en un cuestionario contrastado, sobre diez hombres blancos aproximadamente, de edad entre 50 y 69 años una condición que fué impuesta porque la investigación estaba encaminada primeramente al

cina. Había ido a esperar a su mujer, y su mujer no llegó en el tren que anunciaba.

—¿Qué cosa más extraña!—se decía, preocupado. Nunca me había ocurrido esto.

En efecto: era el primer imprevisto producido en su vida donde todo estaba siempre previsto.

Federica MONTSENY

estudio del cáncer. Por este medio se obtuvieron consecuencias del fumar en 190.134 hombres entre el 1 de enero y el 31 de mayo de 1932. Posteriormente, cada primero de noviembre, se les ha pedido a los asistentes originales que sometían un extracto del certificado de salud de cada hombre que comunique haber muerto.

Continuando esta gestión, al cabo de 18 meses se han obtenido datos de 187.766 hombres (99,8 por ciento del total), de los cuales 4.854 (2,6 por ciento) se encontró habían muerto. Se han obtenido detalles sobre las auténticas causas de la muerte de 4.710. Lo más sorprendente de los resultados es que la proporción general de causas de defunción, era apreciablemente mayor, dentro de cada grupo de edad quinquenal, para el fumador regular de cigarrillos que para el no fumador y—en todos los grupos de mayor edad—porque era progresivamente mayor a medida que aumentaba la cantidad fumada diariamente. De otra parte, entre los fumadores de pipa o cigarro puro que no habían fumado nunca cigarrillos regularmente, la proporción de defunciones (3,5 por ciento del total). Se comprobó asimismo la proporción sufrida entre los no fumadores. El número de muertes entre los hombres que durante un tiempo habían fumado cigarrillos regularmente, era un 33 por ciento mayor que hubiera sido si la proporción de defunciones hubiese sido la misma como era entre los no fumadores, y un 75 por ciento mayor entre aquellos que corrientemente fumaban más de veinte cigarrillos al día. Un incremento tan grande no puede ser explicado más que por el aumento de riesgo de cáncer pulmonar, el cual explica las 165 defunciones (3,5 por ciento del total). Se comprobó asimismo que existía también una definida relación entre el fumador de cigarrillos y la proporción de defunciones por enfermedad de la arteria coronaria. Debido en parte al método puesto en práctica para la colección de datos (por el cual hombres que estaban ya seriamente enfermos probablemente no fueron entrevistados) las defunciones en los primeros dieciocho meses particularmente fueron debidas a enfermedades agudas; por consiguiente, casi la mitad del total de las defunciones eran atribuibles a enfermedad coronaria.

Entre las edades de 50 y 64, la proporción de defunciones por la enfermedad coronaria fué de un 95 por ciento mayor entre hombres que siempre fumaron cigarrillos que entre los no fumadores, y 120 por ciento mayor entre aquellos que corrientemente fumaban más de veinte cigarrillos al día. En edades de 65 a 69, las diferencias eran menores, siendo éstas alrededor de un 15 por ciento. Entre los fumadores de pipa y cigarro puro no hubo incremento de mortalidad alguno.

La fuerza de la asociación es menor que la observada con el cáncer pulmonar, pero al gran número de casos registrados no hay duda sobre la importancia estadística. Los

resultados son similares a los que han sido publicados en Inglaterra por Doll y Hill. En el estudio británico de mortalidad de doctores, 230 muertes fueron atribuidas a enfermedad coronaria y la proporción de defunciones se encontró que aumentaba firmemente de 3,9 por 1.000 entre no fumadores de 35 años y por encima de 5,2 por 1.000 entre fumadores de 25 gramos o más de tabaco por día. Si el incremento estaba limitado a los fumadores de cigarrillos no pudo ser determinado, debido a la relativa escasez de fumadores de tabaco en otras formas. La coincidencia entre estas dos investigaciones, la una en gran escala, la otra en menor, pero basada en una población más homogénea, hace difícil el creer que su asociación no sea real. De si es casual, con el tiempo puede ser probada más efectivamente, viendo si la abstención en el fumar cigarrillos trae una reducción en la mortalidad debida a esta enfermedad. Muchos, sin duda, optarán por la creencia de que la costumbre de fumar y la muerte por enfermedad coronaria están relacionadas sólo por el hecho de que ambas son el producto de una tercera causa común. La ocupación que requiere sólo un esfuerzo físico ligero, y que se ha probado, estar relacionado con la trombosis coronaria, podría, por ejemplo, proporcionar mayor oportunidad para fumar más cigarrillos. La asociación de causas, de todas formas, debería ser muy fuerte, para explicar los resultados y es difícil creer que pudiera contrarrestar en ningún sentido los resultados obtenidos entre los doctores.

EL RADAR Y SUS APLICACIONES

El radar tiene prodigiosas aplicaciones en todos los sentidos de la vida y hoy se ha empezado a emplear en las exploraciones de las nubes. Se están realizando investigaciones sobre núcleos atmosféricos, condensaciones, congelación y cristalización del agua, formación de cristales de

hielo, mecanismo de la formación de la lluvia, etcétera.

La mayoría de los radares hoy día trabaja con una longitud de onda, bien de 3 ó de 10 cm. Estos son capaces de detectar una nube sólo cuando ésta contiene ocrpúsculos, es decir, gotas de agua, copos de nieve o elementos de precipitación. Los ecos devueltos por nubes no precipitadas que contienen diminutas gotas de agua y cristales de hielo que tienen un diámetro de orden de 1 u (1 u es una milésima de milímetro) son demasiados pequeños para ser detectados sobre el ruido del detector del radar. Estas nubes pueden ser detectadas en longitud de onda menor a un cm., y la reciente introducción del radar milímetro permite nuevas posibilidades en la detección y estudio de las nubes. Las ondas muy cortas son atenuadas por la lluvia; así será necesario el uso del radar centimétrico para la exploración de nubes precipitadas.

La información que puede obtenerse por la exploración de las nubes por medio del radar, incluye la localización de la tormenta en el espacio, su forma general, extensión y movimiento de la zona de precipitación y la distribución y desarrollo de los elementos precipitantes dentro de la tormenta, tal y como son revelados por las variaciones de la intensidad del eco.

La mayoría de los radares ha sido usada para situar la posición de la tormenta en el espacio hasta una distancia de 150 kilómetros o más y seguir su distribución y movimientos. Tal información tiene la aplicación práctica de poder predecir o anunciar la lluvia, el desarrollo de la tormenta y el curso posible de los huracanes. Un estudio detallado del eco permite deducir, de una forma general, el crecimiento y desarrollo de la tormenta, así como la constitución de las nubes.

R. LONDON



«MINEROS», de E. Barral

Ecos de la Vida Inglesa

LAS CHARLAS EN LA B. B. C.

— II —



En mi primera charla insinué que la cristiandad ortodoxa no es ya intelectualmente sostenible y que el humanismo científico proporciona mejor solución a la necesidad de una acción constructiva para la vida y para una regla de conducta. Quiero tratar aquí dos cuestiones que son de considerable importancia práctica para los padres humanistas; por ejemplo, ¿qué les dirán a los hijos acerca de Dios; y qué clase de educación moral les darán?

RESPONDIENDO A PREGUNTAS ACERCA DE DIOS

Nosotros debemos, estoy segura, decirles a los niños algo acerca de Dios; no podemos dar vuelta al problema sin hacer mención de él. Y para los pequeños yo propondría como experimento, algo parecido a esto. Podemos decirles que en algún tiempo todo el mundo creía y alguna gente cree todavía que existen dos grandes poderes en el mundo: un poder bueno, llamado Dios, que hizo el mundo y que ama a los seres humanos y quiere que se amen los unos a los otros y sean buenos y felices; y un poder malo, llamado Diablo, que es opuesto a Dios y que quiere que la gente sea desgraciada y mala. Podemos decirles que alguna gente aún cree esto, pero que la mayoría de la gente no cree que realmente exista el Diablo; el Diablo es algo así como los ogros y las brujas en los cuentos de hadas. Y podemos decirles que alguna gente hoy no cree de que realmente exista Dios, como que no existe «Santa Claus», aunque frecuentemente nos agrada hablar como si existieran. Entonces, cuando el niño nos pregunte qué creemos nosotros, como seguramente nos preguntará, podemos decirle que no creemos que realmente existe Dios, pero que mucha gente cree de otra forma y que él puede creer lo que quiera cuando sea mayor.

¿Pero qué decir acerca de Cristo? Puedo declarar ahora mismo que no creo sea conveniente (incluso siendo posible bajo la presente Ley de Educación) que los niños crezcan en la ignorancia del Nuevo Testamento. No queremos una generación que no sepa lo que Nochebuena o Semana Santa significan; que no haya oído hablar nunca de la estrella de Belén o del ángel a la puerta de la tumba. Estos mitos forman parte de nuestra civilización; están incrustados en nuestra literatura, arte y arquitectura; el niño debe oír hablar de ello. Todo lo que pido es que el niño las conozca como francas leyendas.

Permítaseme decir, entre paréntesis, que es una equivocación pensar que los no creyentes son todos insensibles filistinos sin noción de la belleza, respeto por la tradición, capacidad de admiración y reverencia, que no desearían otra cosa que derribar la cate-

dral de Chartres y erigir en su lugar un lavadero público. Yo no quiero derribar Chartres, lo mismo que no siento deseos de derribar el Partenón; pero quisiera verlos tratados desde un mismo nivel. Uno puede sentir pavor, admiración y reverencia ante el Partenón sin creer en la diosa Atenea, a cuya veneración fué dedicado; y uno puede sentir emociones similares en Chartres sin creer en el Dios de Israel. Así, yo sugiero que se permita a los niños leer y escuchar los cuentos de la mitología griega. Y cuando pregunten si los cuentos son verdad, se les puede responder que éstos son una mezcla de hechos y de leyendas. Hubo una real guerra de Troya y Héctor y Aquiles pudieron ser hombres de verdad; pero nosotros no creemos ahora que Aquiles era el hijo de una ninfa marina y que él era invulnerable porque fué zambullido en el río Styx. De igual forma hubo realmente un Jesucristo que predicó a los judíos y fué crucificado; pero nosotros no creemos ahora que él era el hijo de Dios y de una virgen, y que resucitó de entre los muertos. Más tarde el niño puede saber otras cosas acerca de Cristo; puede considerarle uno de los grandes maestros del mundo sobre moral; pero eso nos lleva a mi segundo punto: la cuestión de la enseñanza de carácter humanista.

Para empezar, un poco de psicología: en épocas diferentes, se han sostenido criterios diferentes sobre la naturaleza del hombre. A un extremo estaba el criterio sostenido por el filósofo Hobbes, que estimaba que el hombre es esencialmente egoísta. Según este criterio, toda acción es interés sólo; si ayudamos a nuestro vecino, es justamente porque creemos que esto puede inducirle a ayudarnos más tarde. Al otro extremo está el criterio, del que Rousseau fué el exponente principal, que el hombre es desinteresado por naturaleza y cooperativo, y que si se conduce de forma diferente es porque se ha influido en su desarrollo natural. «El hombre—dice Rousseau—es bueno por naturaleza. Llega a ser malo sólo por mediación de las instituciones.»

Ninguno de estos criterios extremos es correcto; la verdad reside entre ambos. Para empezar con una bien sabida perogrullada, la naturaleza humana está muy mezclada. Para nosotros es natural estar en gran escala concentrados en nosotros mismos y ser hostiles y agresivos con la gente que se opone a que obtengamos lo que queremos; y es natural, para nosotros, también el cooperar con otra gente y sentir afección y simpatía por ella. En términos más técnicos, nosotros tenemos instintos sociales y egoístas, los cuales nos pueden llevar por diferentes caminos. Es debatible que la civilización dependa en gran parte de la extensión del radio de los impulsos sociales. El hombre primitivo es cooperativo dentro de la familia o tribu y tiende a tratar a todo el mundo fuera de ella como a enemigo. El hombre más civilizado

puede sentir un cierto sentimiento de solidaridad con toda la raza humana. Pero no puedo extenderme más en este aspecto.

Algo ya ciertamente claro. En la vida de comunidad y especialmente en la clase de vida de comunidad altamente organizada en que vivimos hoy, es preferible que los impulsos sociales estén desarrollados y que los impulsos del ego queden hasta cierto punto bajo control. La moralidad (código moral) bajo el punto de vista humanista, puede ser considerada como un esfuerzo organizado para reforzar los impulsos sociales. Existe un principio que es común a todos los códigos morales en todos los tipos de sociedad, no importa cuales sean éstas; un axioma moral que es aceptado por todo el mundo, desde el cazador de Borneo a un cura jesuita, y ése es: «No debemos ser completamente egoístas; debemos estar preparados a veces en ciertos límites, a posponer nuestros intereses a los de nuestra familia, a los de nuestros amigos o a los del grupo o comunidad a que pertenecemos.»

Esto no quiere decir que hayamos de estar siempre haciendo sacrificios; tenemos un deber hacia nosotros mismos así como hacia los demás. Pero la esencia de la moral humanista es «abnegación»; no dejar a nuestras pretensiones e intereses cegarnos frente a los de los demás: el ideal tan noblemente expuesto en el famoso cuento de Sir Phillip Sidney en Zutphen; cuando, mortalmente herido y abrasado por la sed, entregó el vaso de agua que le habían traído para él, a otro mucho más gravemente herido, diciendo: «Amigo, tu necesidad es mayor que la mía.» La conducta desinteresada puede emanar de varias fuentes. Un hombre puede ser desinteresado porque es una persona generosa y afectuosa por naturaleza que goza viendo la felicidad de los demás. Ambos tipos son admirables, pero la mayoría de nosotros estará de acuerdo que es el segundo al que más admiramos; es al segundo al que quisiéramos que nuestros hijos se pareciesen, de ser posible. Así cuando llegamos a la cuestión práctica de la crianza del niño, la pregunta más importante a plantear es ésta: «¿Es posible, en algún sentido, con nuestros métodos de educación, aumentar la probabilidad de que el niño llegue a ser una persona generosa y capaz de sentimientos afectuosos?»

EDUCACION DEL CARACTER POR MEDIO DEL AMOR

Esta es una cuestión que puede recibir una franca y definitiva respuesta; y el quid de la respuesta puede estar encerrado en una palabra: «amor». Las naturalezas cordiales y generosas se desarrollan no principalmente por medio de entrenamiento y disciplina, aunque éstas son importantes en otros sentidos, sino por medio de amor. Existen pruebas abundantes de que si un niño es criado en una atmósfera de afectión, confianza y felicidad, éste tiene la mejor probabilidad de llegar a ser una persona bien equilibrada, segura, afectuosa y generosa. Mientras que el niño que no ha tenido esta crianza (el niño que no se cree amado, o que nunca tiene la seguridad de ser amado) es el posible problema. Una gran proporción de neuróticos y delincuentes son gentes que se han visto privados de la afectión normal en su niñez.

Existía, hace algún tiempo, una corriente y deplorable teoría, consistente en creer que no era buena cosa el mostrar el amor hacia un niño de una forma muy abierta o incitar al niño a mostrarlo. Yo he visto una madre reprender a un niño cuando éste se mostraba afectuoso, y decirle: «No seas sentimental.»

Eso es una grave equivocación. Un niño difícilmente puede tener o dar demasiado amor. Esto no quiere decir que los padres deban asfixiarlo con demostraciones; aunque el apetito de un pequeño por tales demostraciones puede ser insaciable, y ello no quiere decir que ellos deban incitar al niño a que sea más expresivo que lo que hay de natural en él. Pero es importante dar muestras de afectión cuando el niño da pruebas de que las necesita; y mucho más importante aún proveerle de una base segura de afectión para que nunca se le ocurra dudar de que es amado y deseado. El trabajo psicológico cerca de los niños indica de una forma segura que en tanto que los padres aseguren esta base no pueden, con un pequeño, equivocarse mucho. Incluso cometiendo errores de juicio en otro sentido (y, ¿qué padre no los comete?), éstos no tendrán serios efectos. Mientras que si no se provee esta base, existe el problema niño en formación.

Proporcionar afectión no resolverá todos los problemas. El niño posee un poderoso equipo de instintos propios, y éstos están llamados a mostrarse a menudo por sí mismos en sentido no conveniente y muchas veces desagradable. Por ejemplo, tomemos el perenne problema del niño que muestra celos y hostilidad hacia el nuevo hermano. Este es un problema que puede ser aminorado por medio de un trato discreto, pero a veces aumenta y en ocasiones a tal extremo que no existe seguridad en dejar al chico mayor solo con el crío. Si esto ocurriese, es muy importante que los padres no tomen una actitud de pánico o de descorazonamiento. No deben mostrar al niño, bien por medio de lo que dicen o por lo que no dicen, que ellos esperaban que el niño amaría al crío y que consideraran horroroso y antinatural el que no lo ame.

NO ES NECESARIO SENTIRSE CULPABLE

Esto ilustra un punto que es de fundamental importancia en la crianza de los niños; esto es, que aunque el niño debe ser ayudado e incitado a que controle sus impulsos agresivos, no se le debe hacer sentir que es de perverso y antinatural el que los tenga. Todos los tenemos; ellos forman parte de nuestra herencia instintiva; y una de las grandes contribuciones de la psicología moderna a la felicidad humana ha sido el reconocer este hecho y hacer palpable de que con tal que controlemos más nuestros impulsos primitivos, no es necesario, ni en lo más mínimo, el que nos sintamos culpables porque los poseemos.

Otro punto enfin: es erróneo en los padres fijar a los niños un imposible y alto plano de generosidad. Muchas veces los padres hacen esto tal vez con la idea de que vale más pedir más de lo que uno espera recibir ya que de otra forma no conseguirán nada. Pero éso es una equivocación. Demos un ejemplo. Un gran psicólogo del niño, Susan Isaacs, describió en alguna parte como una madre sin duda inteligente le planteó este problema. Ella tenía una hija solamente y vivían en una vecindad aislada, donde los únicos niños disponibles como compañeros de juego eran un tanto rudos y violentos. Cada vez que ellos venían a casa, se rompían algunos juguetes de la pequeña, y no sin sorpresa ella empezaba a ser reacia a que vinieran. La madre preguntó: ¿Sería erróneo (sería incitar el egoísmo) si cuando vienen estos niños a casa escondiera todos los juguetes que son más rompibles?

La respuesta fué naturalmente que no sería erróneo; es la cosa más acertada que debe hacerse. ¿Por qué no ha de respetarse el sentido de propiedad de

una pequeña tanto como el de un adulto? Si la madre tuviese un objeto querido, digamos un abrigo de pieles, no lo prestaría a nadie que ella supiera que se lo iba a estropear; creería injusto si le pidieran esto. ¿Por qué establecer una norma más elevada para un niño? Alguno tal vez diga: «Pero eso es diferente; el abrigo de pieles es una prenda de valor, los juguetes no.» Pero los juguetes pueden ser justamente de tanto valor para el niño como el abrigo para la madre, y es esperar mucho de la naturaleza humana el que al niño no le importe el ver sus juguetes hechos polvo por el solo hecho de que esto proporcione un placer a los demás niños.

Hasta ahora he insinuado que el punto más importante de la educación moral es estimular los impulsos sociales. Pero sería irrealista suponer que toda la conducta social es la corriente espontánea de los impulsos sociales. Una gran parte de ello es el resultado de la instrucción; la persona ha sido llevada a adaptarse a unas normas de conducta que dicen bien con el interés general. Esta instrucción no es educación moral en un sentido estricto; pero es una parte muy importante de la crianza del niño. Temprano en la vida ha de aprender a obedecer varias reglas que se adaptan a la marcha de la casa. El tiene que ir a la cama a la hora indicada, sin un murmullo; tiene que respetar la propiedad de otra gente; venir a comer a la hora, muchas veces retenerse para no estorbar a los mayores cuando éstos están atareados, etc., etc. Este es un terreno en el que debe haber reglas definidas y (encarámoslo) castigos definidos.

Existe una idea extraña acerca de esto: la de que la psicología moderna no cree en reglas ni castigos. Como resultado de los descubrimientos de Freud, se sostiene que el verdadero sentido para criar a un niño es dejarle hacer lo que quiere; que si alguna vez le decimos a un niño «no hagas eso» o, más aún, si le castigamos, nos arriesgamos a desgraciarnos para toda la vida. Pero yo afirmo categóricamente que la psicología moderna no dice tal cosa; Freud dijo en sus «Lectures on Psychoanalysis»:

«El niño tiene que aprender a controlar sus instintos. Concederle completa libertad, de forma que obedezca a todos sus impulsos sin restricción alguna, es imposible. Sería un experimento muy instructivo para los psicólogos de niños, pero haría la vida imposible para los padres y haría serios daños en los niños mismos... La educación tiene que abrirse paso entre el Scylla del libre juego de los instintos y el Charybdis de frustrarlos todos.»

Freud tuvo seis hijos; ¡él sabía lo que se decía!

Una disciplina razonable nunca les hizo mal a los niños; de hecho, fundamentalmente, ellos la prefieren. Ellos necesitan un marco estable para su vida; les gusta saber donde se encuentran y qué esperamos de ellos; no les gusta tener que decidir todo por sí mismos. La disciplina no debe ser excesiva (no queremos la prohibición por la prohibición; y ésta no debe ser caprichosa), no vale la pena prohibir una cosa hoy y permitir la mañana. Pero por encima de todo (otra vez la vieja cuestión), ésta debe mantenerse con afección. Los padres no deben decir nunca: «si haces eso no te querré» o «si haces eso no eres hijo mío...». Los niños no deben tener la impresión de que el amor de sus padres es condicional en sentido alguno. Como he dicho, el hecho de que es amado y deseado es algo sobre lo que no debería tener nunca duda alguna.

Le hace menos daño a un niño una zorra que decirle que ya no se le quiere. Yo no defiende exactamente el castigo corporal; pero estoy segura de que

el horror que alguna gente siente por él está alejado de la realidad. Si un niño tiene confianza fundada de que papá y mamá le quieren, un cachete ocasional no le hará daño alguno, y como me dijo un atormentado padre una vez, le hará mucho bien al azurrante. Mucho más daño le pueden hacer a los niños unos padres de elevados pensamientos, pero demasiado inquietos, que retroceden ante la idea del castigo corporal, pero que algunas veces infligen castigos mentales que son muchos más severos, al tomar una actitud de agravio y de aflicción si el niño se conduce malamente; usando frases como: «Estoy avergonzado de ti», «estoy sorprendido de ti», etc.

Estas cosas no se les deben decir nunca a un niño. Ellas no son tan malas como «yo no te quiero», pero producen el mismo efecto: debilitan el sentido de seguridad.

Eso no quiere decir que no debemos nunca hacerle ver claramente al niño de que tenemos un concepto pobre de algo que haya hecho. Pero (éste es el punto importante), condenar el acto, no al niño en sí. Si él hace algo malo, por ejemplo, coger los dulces de su hermano además de los suyos, la actitud a tomar es: «el hacer eso es de egoísta; no es propio de ti el hacer eso», más bien que decirle: «Bien, tú eres un niño egoísta y codicioso.» Parece lo mismo, pero existe una gran diferencia en las implicaciones para el niño.

¿CUAL ES LA CONCLUSION FINAL?

El tiempo de que dispongo se va agotando, y los escuchas religiosos tal vez se han ido impacientando más y más. «Todo esto está muy bien — dirán — pero ha dejado de lado una cosa que es fundamental. ¿Cuál es la conclusión final de todo este curso de ética? ¿Qué respuesta puedes darle al niño si preguntara: «¿Por qué he de considerar a los demás? ¿Por qué no puedo ser completamente egoísta? ¿Qué respuesta posible puede existir excepto la religiosa: porque ésta es la voluntad de Dios?»

¿Por qué he de considerar a los demás? Estas finales preguntas morales, al igual que todas las preguntas finales, pueden ser terriblemente difíciles de contestar, como sabe todo estudiante de filosofía. Yo misma, creo que la sola posible respuesta a esta pregunta es la humanista: Porque por naturaleza somos seres sociales; nosotros vivimos en comunidades; y la vida en comunidad, desde la familia en adelante, es mucho más feliz, más completa y más rica si los miembros de la misma son amigos y cooperativos que si son hostiles y vengativos. Pero el escucha religioso puede creer que esto es simplemente evadir la cuestión. Así, ¿puedo decir en conclusión que la respuesta que él propondría no es realmente mucho más satisfactoria? Su respuesta a la pregunta, «¿Por qué he de considerar a los demás?», es: Porque ésta es la voluntad de Dios. Pero el escéptico puede contestar siempre: ¿Por qué he de hacer la voluntad de Dios? ¿Por qué no he de hacer mi voluntad?, y esa es una cuestión tan enigmática como, «¿Por qué he de considerar a los demás?»

De hecho ésta es una cuestión más que enigmática en vista de algunas de las cosas que el creyente debe suponer que Dios ha querido. Pero no hace falta que discutamos todo esto otra vez, pues de todas formas esta cuestión de conclusiones finales es ampliamente teórica. Aún no he encontrado al niño (y he encontrado muy pocos adultos) a quienes le haya ocurrido plantear la cuestión: «¿Por qué he de considerar a los otros?» La mayoría de la gente está dispuesta a

La novela de SALOMÉ

IV



A paleta y los pinceles son ahora tan precisos como la pluma. Refiérome a la pintura erudita de un Alma-Tadema o un Moreau, y a la pluma-pincel de un Gautier o un Flaubert, soberanos artistas. Convendrá guiarse un poco de Virgilio para ambientar Machaerus, que debe proyectarse con verdores de égloga, alfombrando el rutilante palacio de Herodes.

Habrà que valerse de la Geografía bíblica para saber dónde se está y para esmaltar la narración con nombres eufóricos como estos: Idumea, de ensueño (pastores y esquilas); Jerusalén, mesiánica (peregrinaciones hierosolimitanas, murallas y cúpulas que al sol poniente relumbran); Jericó, blanco, rosado y azul (oliendo a sándalo y a manzanas). Y la Galilea de color nazareno, con Endor de cristal: Cafarnaum, de los pescadores y «pescadores de hombres»; Nazaret, encalado, que de tan blanco azulea; Tiberiades, un camino practicable de agua cuya superficie es de lapis-lázuli. Solo las tropas de Aretas, acampadas en el Yemen, alteran «el reposo del paisaje, la quietud de las hojas y del cristal del agua, la paz de todas las cosas que dice la perfección del éxtasis y el sentido hermético y eterno de la felicidad». Ya la fortaleza de Herodes, en una prominencia, es otro cuento. Al exterior, desde las rutas beatíficas, desde los caminos hieráticos, en todas direcciones, que ser pueden de la perfección..., imita un templo entre árabe y románico. Una cárcel y un palacio (supla la verdad rigurosa, pero innecesaria, con los recursos y las galanuras del arte). Son los días del tetrarca y hay con tal motivo preparado un gran festín, al que deberán asistir además de Vitelio, gobernador de la Siria, y su hijo Aulio, con sus acompañantes— las jerarquías del reino, de antemano invitadas.

Flaubert coloca a la pareja, Agripa-Herodías, bajo el *velarium*, en la gran terraza, a cuyo fondo puede haber una pared de cristales multicolores «¡que embellezcan la vida!, ¡que embellezcan la vida!», (como Baudelaire sermoniza al «Mal Vidriero»), en que las grandes puertas arqueadas imiten los maravillosos vitrales de algunos templos católicos, según hoy los vemos, y ostenten imágenes profanas de celebrados pintores. Vuela un águila y todos conocen su soberanía, ensanchando más el infinito. Antipas y Herodías, resguardados bajo el *velarium* de los rayos solares—llueve azul—, insúltanse vulgarmente. El Bautista, preso en una mazmorra de la fortaleza, rebasa el deseo de venganza de esta furia, henchida de odio, que en vano porfia con su amante para que lo entregue al verdugo: Al feroz Manaei, incapaz de ejercer su oficio con Iaokanann, cuyas impre-

caciones, crecitaciones, a grito vivo, igual soliviantan al tetrarca. «Porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo, y le tenía respeto; y le oía de buena gana». (Marcos, ep. 6, ver. 20. Anuncia un criado la aparatosa llegada de Vitelio. Este criado puede ser Manahén. «Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía profetas y doctores: Bernabé y Simón el que se llamaba Níger y Lucio Cireheo, y Manahén, que habia sido criado de Herodes el tetrarca, y Saulo». (Hech., ep. 13, ver. 1.) Blasco es igualmente necesario: «Y Herodes estaba enojado contra los de Tiro y los de Sidón: mas ellos vinieron concordes a él, y sobornando Blasto, que era el camarero del rey...» (Hech., ep. 12, ver. 20.) Antipas corre a recibir a sus huéspedes.

* * *

Llévese desde aquí de Bernard Shaw. Dirá usted que le he escogido un mal Virgilio para que le acompañe, ante lo cual prefiere andar solo el camino. Mal hecho. El patrocinio de Shaw le convendrá lo que a Telémaco el sabio Mentor, lo que a Andrenio el experto Critilo. Discurra ahora dejándose en casa la lógica (suponiendo que escriba en el café), pues para sacarle si no toda la punta alguna a la caricatura de la vida, con buena provisión de paradojas basta. Vitelio por fuera, con su lacticlavia y sus consulares borceguíes y Aulio, con su estelar túnica de pliegues estatuarios cayéndole hasta los pies—los demás del séquito, heraldos, soldados, lictores y cortesanos desempeñan, vestidos de limpio, su oficio—, no son Vitelio y Aulio por dentro. El mandón de la Siria, puesto por Roma, viene a fisgar los tesoros de Herodes y, con la tapadera del Emperador, a echarles la uña: y el hijo—un verdadero «petit cochon»—a hocicar en el domajo herodiano, haciendo bueno al padre. Hable sin miedo de los Vitelios, descendientes de la diosa Vitelia, contratistas de cuesturas y arrendatarios de consulados: Pero sobre todo de este animal de cuatro patas que, sucediendo a Galba—otro que tal—, fué ocho meses y unos días emperador de Roma. Compañero de Tiberio en las orgías de Caprea, al que aventajó en glotonería y sevicia. Algún tiempo después de la batalla de Bédriac, estuvo con sus oficiales en el campo de este nombre, donde Otón, su contrincante, fué derrotado, contestando con esta expresión a los que se quejaban del mal olor que despedían los cadáveres: «El cuerpo de un enemigo nuestro huele siempre bien, sobre todo si éste es un compatriota.» Vespasiano—el que hizo ciudadanos romanos a todos los españoles—lo arrojó por la borda.

* * *

aceptar como un axioma moral completamente cierto de que no debemos ser egoístas, y si basamos nuestra instrucción moral en eso, construiremos, creo yo, sobre cimientos bastante firmes.

Margaret KNIGHT

Llegan y, para testimonio del poder de Roma y suyo, plantan sus doce haces—como reinan bastos teniendo ellos el as y los mayores triunfos—, con el hacha en medio, tal que el botón amarillo en el centro de la margarita. Un

litor, conforme recorren las cuadras y las jaurías, anota, para requisarlos, los caballos de Herodes, raudos como exhalaciones, y los ejemplares caninos más interesantes (la husma de los tesoros herodianos, fabulosos, según las historias, fracasa) (1). Entre tanto, Juan—respetado por las culebras de su calabozo—habla a gritos con los ángeles. Delante de los Vitelios, de Agripa, de Herodías, de los saduceos, de los fariseos, de los escribas... fulmina su excomunión contra Jezabel (la hembra del tetrarca reencarnada), sus apóstrofes retumban en el horrible calabozo, expandiéndose por toda la fortaleza. La prisión de Juan no tiene comparación con nada. Son muchos, y ninguno—incluso Mannaí—se atreve a abrir la puerta. Aulio, «llevado de aquella gula que había de sorprender el universo», pende tan sólo del banquete.

* * *

También usted debe respetar y considerar «comme il faut» a los principales de la Corte de Agripa, vistiéndolos de rigurosa etiqueta, igual que a las esclavas y a los eunucos de Herodías (estupenda Cibeles rodeada de leones): Tolomei, proveedor de carnes y hortalizas y gentilhombre de cámara; Naaman, capitán de cazadores, encargado de la salva, que es poder comer los reyes sin temor a que los envenenen; Kanthera, introductor de embajadores, tras la pequeña ceremonia del cacheo. Iacín el babilonio, mascota de Herodes; Sehón, autor de un gran tratado sobre hipnología; el copero Baddal, un adolescente; Ammonio de Alejandría, gran alarife, que entendía—asegura Flaubert—en la compra de asfalto; Mannaí, «verdugo que ahogó a Aristóbulo, estranguló a Alejandro, quemó vivo a Matatías, decapitó a Zósimo, Pappus, Antipáter, Josefo...»

* * *

Según Huysmans, el cuadro «Salomé» de Gustavo Moreau está concebido así: «Un trono semejante al altar mayor de una catedral, bajo innumerables bóvedas sostenidas por columnas redondas y por pilastras románicas, esmaltadas de ladrillos policromos, guarnecidos de mosaicos, incrustados de lapis-lázuli y de sardoínas, en un palacio comparable a una basílica a la vez musulmana y bizantina.» Este escenario

debe oler a rosas de Chipre, y a esencias de Arabia (repase «A rebours» de Jorris Karl Huysmans, y deténgase en el capítulo de los perfumes). Para vestir con toda propiedad a los personajes vea buenas estampas. Peplos, clámides, sandalias, diademas, joyas, armas... A la hora del banquete tenga muy en cuenta a Petronio, a Sienkiewicz, a Flaubert, a Gautier, a France: ellos le dirán, en calidad y cantidad, lo que se comía y bebía. No olvide la crátera descomunal en la mesa, ni que haya mendigos apurando las migajas a las plantas de los comensales. Siente a éstos en curufes de oro y máfil. Ponga racimos de perlas entre guirnalda de flores. Mientras danza Salomé debe estar cayendo una lluvia alternada de anémonas rojas y blancas, de frioleras orquídeas, de violetas de Parma, de rosas de Siria, siendo como un tóxico delicioso para los sentidos el humeante cinamomo. Esclavas sosteniendo en sus manos bandejas de plata con perfumes en combustión. La luz, maleándose de las luces falsas de la pedrería verdadera. En el piso de alúmminum, cabrilleando, una estrella semibermeja con dos estrellas seminegras, que brillan: Salomé, de pórfido, de alabastro...

* * *

...Y después que Mannaí, traiga colgando la cabeza del Bautista y la sirva a Salomé en un plato, que es como ascender al janículo y desprender del cielo al sol poniente descolgándolo a cuchilladas: cuando haya escrito con palabras de púrpura la obra de sus sueños, que no son más que sueños: el conocimiento que recobre, francamente, arrójelo usted a las llamas. En seguida póngase a estudiar las cuatro reglas: si esto no le abre las puertas de la gloria, es fácil que le abra las de una oficina. Amigo y pariente: «hombres nuevos para cosas nuevas». Salomé... Salomé... Paleontología, y ahora estamos en la desintegración del átomo.

PUYOL

(1) *Las doscientas yeguas de Herodes, las más hermosas del mundo—afirma Eça de Queiroz—, blancas como la leche, con crines negros como el ébano, alimentadas de pasteles de miel y tan ligeras que podían correr por encima de un prado de azucenas sin macularles la pureza.*

Durante un concierto en Londres, dos amigos reían de una historia cómica, de tono un poco subido, de la cual era protagonista un amigo común, cuando uno de ellos, habiéndose dado cuenta de la presencia del interfecto en una butaca cercana, garabateó sobre su programa, mostrándolo disimuladamente al amigo: «Atención, le están observando». Durante el entreacto, terminado ya el incidente, dejó el programa en el sitio vacío que había al lado del suyo, y se fué al bar con su amigo.

Cuando volvieron, las butacas vacías estaban ocupadas por un diplomático representando un país de Europa bastante lejano, y su esposa. Los dos estudiaban atentamente el mensaje enigmático escrito sobre el programa que habían encontrado en uno de sus asientos y todo su aspecto traslucía una viva inquietud. Al fin, mirando furtivamente a su alrededor, el diplomático y su esposa se levantaron y se fueron a su casa.

Siglos de TORTURAS

— II —



El adulterio, considerado como un crimen, ha sido siempre castigado con la muerte, como entre los hebreos. Sin embargo, el esposo podía vengar su honor introduciendo una mulita, no ese animal a cuatro patas, lo que hubiera sido muy difícil, sino un pescado del mismo nombre, por el ano del culpable.

El marido cornudo gozaba en Roma de *jus occidendi*, dándole derecho a matar a su mujer. Sin embargo, le era posible lavar la afrenta que le había sido hecha, de una manera humorística si se quiere, con quien le había hecho cornudo, «pedicándolo» si se trataba de un joven, es decir, acostándose con él y dándole lo que se llamaba «el beso masculino», o «irrumándolo» si se trataba de un anciano, es decir, obligándolo a posar sus labios, agarrándole la cabeza, en esos otros labios, colocados un poco más abajo de la cintura que constituían el cuerpo del delito que se había servido su mitad para engañarlo. ¡Bizarras costumbres! Penas más bien ligeras, comparadas con las otras.

El el país de la «dulce Francia» cuando el adulterio había tenido lugar con la conveniencia del marido, término empleado por la Justicia, se conducía amarrados por el cuello con una cuerda, a las horcas patibularias, a la mujer y su cómplice (estas horcas eran un patíbulo con una, dos o varias pilas de leña, con las que se suspendía a los culpables para estrangularlos). El más célebre era el de Montfaucon, en el siglo XIII, situado entre las Buttes-Chaumont y la Villette (1). Al pie del patíbulo crecía la mandragora, raíz que nacía del espasmo de los ahorcados, según Nostradamus.

La prelección, guleje, llamado derecho de pernada en Francia y *markt* en Inglaterra, daba a los señores el derecho de acostarse con una recién casada la noche de sus bodas. Aquí ya no se trataba de adulterio, pero eso no era tal vez muy agradable, para una virgen, el tener el velo de su himen perforado por un zopenco. Había sin embargo muchachas, hijas de palurdos que consideraban esta fantasía como un homenaje rendido a su sexo, y a ella se prestaban de muy buena gana!

La castración era usada en algunos pueblos para castigar los crímenes contra el pudor. En Alemania, cuando un judío era encontrado librándose a amores con una cristiana, se le cortaban los testículos y se azotaba a la pecadora.

Había aún muchos otros suplicios en este mundo inhumano. La argolla era un anillo de hierro cerrado con un candado, que encerraba el cuello del criminal amarrado a un poste. La canga china, especie de argolla, era un anillo de madera en el cual estaba escrito el nombre del culpable, quien llevaba dicho anillo durante años. El pilori, aún llamado, en el país

de los lores, mesa de té, móvil o no, tenía agujeros por donde se hacía pasar la cabeza y las manos, y servía a veces para diferentes personas, variando según las regiones. Era una especie de jaula en donde se encerraba a los mercachifles, como el panadero que había vendido mal pan, o al molinero que había entregado harina avariada (lástima que en nuestra época no se haya empleado este género de suplicio para castigar a los hambreadores (1). Entre otras variedades del pilori había el de los dedos que se introducen en agujeros, lo que inmoviliza la mano. Acompañaba a menudo los bloques. Estaba situado en una plaza, a la entrada de un pueblo, a la vista de todos. Otra variedad del pilori, el manto de los ebrios, tonel en el que se les encerraba, paseándolos por las calles.

En Suiza, país de costumbres austeras, se castigaba a cuantos su conducta dejaba que desear cortándoles un miembro: un dedo o una oreja. Se los amarraba a la cola de un caballo lanzado a toda velocidad o se flagelaba a las mujeres llamadas de «desorden» por las calles de las ciudades. Los jueces hacían la tontería de condenar también a los animales: por haberse llevado un hueso o mordido a un transeunte; ¡un perro comparecía ante un tribunal!

La más brutal bestia de la creación no se ha contentado con martirizar a su propia especie, sino que ha martirizado a todas las otras. A hecho de ellas también sus verdugos. Y es así como los primeros cristianos eran echados a las bestias en el circo, exponiéndolos también al aire libre, amarrados a una estaca, para ser descuartizados por las aves de rapiña, a todos los no conformistas de la época. Creyentes y librepensadores conocieron los mismos suplicios, víctimas de la misma incompreensión y torturados por razones diferentes.

Añadid a estas costumbres bárbaras toda clase de usos y costumbres, engendrados por el fanatismo y la superstición, como, en tiempo de los romanos, la ofrenda a los dioses de la virginidad de las jóvenes patricias, que perdían con una barra de hierro, los sacrificios de niños y animales y otros sacrificios propiciatorios para apaciguar a los dioses. Sin contar todo lo que se pasa en ciertas sociedades secretas, como por ejemplo, el *klu-klu-klanx*.

Se encuentra siempre, en todos los lugares y en todo tiempo, esta crueldad que hace el fondo de la naturaleza humana: ahogar por la fuerza, fusilamientos, estrapadas, bastonadas, linchamientos, boicotajes, galeras, penales, celdas de castigo, silos, progroms, getos, ergástulas, in pace, carcere duro, osarios, bloques, tierras calcinadas, ciudades destruidas, ejecuciones sumarias, campos de concentración y otros. No pasa una semana sin que una nueva invención diabólica venga a enriquecer el museo de los horrores humanos. ¿Queréis ejemplos de suplicios? Los hay por todas partes: cegar a las gentes, separarles los miembros, sacársles la piel, aplastamiento, estrangula-

miento, ensartamiento, asfixia, destripamiento, despanzurramiento, etc... En cuanto a las persecuciones terminadas en on, abundan: ablación, abscisión, amputación, castración, combustión, crucifixión, decapitación, decimación, degollación, dislocación, electrocución, extensión, flagelación, fustigación, gasocución, inmersión, lapidación, mutilación, prelección, estrangulación, submersión, sofocación, suspensión y otros géneros de ejecuciones. Y por encima de todo, poniendo el sello a todos estos horrores, el crimen de los crímenes: ¡la guerra!

Infinitos instrumentos de todas clases, formas y materias diferentes, fueron empleados para estas torturas. A medida que la técnica progresaba, se volvían de más en más refinados. Las herramientas no escaseaban, manejadas por manos más o menos expertas. Hondas, flechas, guijarros, piedras, muelas de molino, bolas, tajos, horcas, patibulos, calvarios, estacas, postes, linternas, ruedas, prensas, poleas, escaleras, caballetes y lechos de madera, horcas patibularias, maderos, cuerdas, correhuelas, coronas de espinas, sillón espinoso, máscaras de infancia, sillas de hierro, calderas de hierro, garras de hierro, diademas de hierro, cascos, túnicas, collares, garfios, espadas, sables, lanzas, placas, dagas, picos, estiletos, punzones, puñales, asadores, tenazas, cadenas, clavos, martillos, conos, agujas, puntas, sarmientos, esposas, mazas, cabras, cables, cabrestantes, cubas, calderas, pots, rejas, sartenes, pelos, desolladeros, toros de bronce, cámaras ardientes, palanganas ardientes, bolinas, doble violas, calderas, pots, peras de angustia, embudos molinillos de azúcar, varillas, botas, bastones, látigos, tympanums, vergas, grandes caballetes, schlague (1), zurras, esposas, puntas cortas, camisas de fuerza, knout, matracas, nervios de buey, garrotes de medias de clavos, hard labour, sillas eléctricas, etc.

Estamos lejos de la hacha de piedra defensiva de nuestros antepasados de la edad de las cavernas. Desde los tiempos prehistóricos, el arte de las torturas ha hecho su camino. ¡Ah, podéis alegraros de ello, atormentadores de toda especie, de Oriente u Occidente! Los tiempos antiguos y los tiempos modernos rivalizan en atrocidades de todas clases.

La mayoría de los suplicios que acabamos de enumerar estaban en vigor en los felices tiempos de la Inquisición, de la cual Víctor Hugo dijo: «Que quemó en las hogueras o asfixió en los calabozos a más de cinco millones de hombres», entre los cuales los sabios que obligaba a retractarse de sus errores (citamos entre las víctimas de ese tiempo a Giordano Bruno, Etienne Dolet, Campanella, Roger Bacon, Bernard Palissy, Pierre Ramus, Miguel Servet, André Vesale, Olivier de Serres, etc.). Fué la edad de oro de la tortura. Esta funesta institución, dirigida contra la libertad del pensamiento, más bien que contra la brujería y la magia, cumplió su siniestra labor, principalmente en Francia, en Italia y en España, desde el siglo XI al XIV y aún más allá.

La Edad Media «enorme y delicada», según Verlaine, si ha sido enorme en ciertos puntos, no ha sido siempre muy delicada, si se juzga por lo que precede. En el año 1199 el papa Inocencio III amenazaba con «censuras eclesiásticas» a los herejes que no debían tardar en hacer más amplio conocimiento, con los no menos Inocencios VI y VIII, con la estrapada, el caballete, los carbonos ardientes y la hoguera, esa hoguera que valía, a quienes le traían haces de leña, muchas «indulgencias pontificales».

La cuestión, heredera del viejo derecho romano, que Luis XVI abolió, lo que nadie le agradeció y que debía renacer en la primera mitad del siglo XIX, para perpetuarse con diferentes nombres hasta la época

contemporánea, comprendía diferentes suplicios, administrados por un verdugo que tenía el nombre de Questionario. Era «preparatoria» para las confesiones, y «previa» para las denuncias. Cuando se carecía de pruebas materiales, lo que a menudo ocurría, el juicio de Dios intervenía en última instancia para acabar la cuestión, sea por un duelo, sea directamente, sin combate. En este último caso, la prueba judicial se llamaba **ordalia**. Jehová continuaba sus masacres de inocentes y sus fantasías de Padre Eterno. El Juicio de Dios, renovado por los hebreos y pasado luego a diferentes naciones, se expresaba por intermedio del agua hirviente o helada, con un hierro enrojecido por el fuego y muchos otros suplicios de los cuales ya hemos hablado. Se presentaba el paciente a la cuestión, es decir, que se le enseñaban los instrumentos destinados a torturarlo afin de impresionarle, o bien, se le hacía oír los lamentos de torturados ficticios, escondidos en una celda vecina. Algunas veces se le torturaba «muy dulcemente» ante de hacerlo atrozmente. Si sucumbía, era culpable, si no sucumbía, no lo era menos. El ejecutor de las altas obras de la época se llamaba el «torturador del rey», pero no era al rey a quien torturaba. Un barbero, ¿por qué un barbero y no otra persona? asistía como ayudante del verdugo, a esas depuraciones, para apreciar en los rostros el progreso del sufrimiento. Se trataba de dosificar el dolor, mediándolo con cuentas, gotas, aumentarlo progresivamente, afin de arrancar confesiones al mártir que lo sufría. ¡Y a eso llamaban Justicia!

El pueblo era convidado a esas ceremonias, invitado a participar en ellas, a librarse a toda clase de orgías para celebrar tales acontecimientos. Eso satisfacía sus instintos mortíferos, al mismo tiempo que le servía de ejemplo.

Tantas torturas inútiles para asegurar la salvación del pecador! ¿Era bien esa la manera de poner en práctica lo que los cristianos designan con las palabras de «perdonar las ofensas»?

He aquí como la **Encyclopédie** (Enciclopedia) describía, en 1745, la tortura infligida por el Tribunal de la Inquisición a los inconformistas de la época: «Un verdugo desnuda al paciente, le ata los pies y las manos con una cuerda y lo hace subirse en un pequeño asiento, para poder pasar la cuerda a amillos de hierro incrustados en la muralla. Después de atado se saca el asiento, por debajo de los pies del paciente, de manera que queda colgado por la cuerda, que el verdugo aprieta ahora fuertemente, hasta que el criminal haya confesado. Las cuerdas causan un dolor infinito y desgarran todos los miembros. Se le dice que se trata sólo del comienzo de sus sufrimientos, y luego el verdugo golpea las piernas del desdichado con una escalera cuyos agudos peldaños le causan un dolor increíble.» ¡Cuánta imaginación gastaban los inquisidores para hacer sufrir a los infelices que no comulgaban con sus opiniones religiosas! Campanella, peligroso utopista, autor de **La Ciudad del Sol**, tuvo que sufrir una tortura análoga, colgado por las manos, atadas por detrás encima de una estaca aguda sobre la cual se le dejaba caer... ¡Pero no confesó nunca!

Según Bernardo Gui, inquisidor modelo del siglo XIV, que nos ha dejado sobre su culpable industria un tratado clásico: «El inquisidor debía ser diligente y ferviente en su celo por la verdad religiosa, para la salvación de las almas y para la extirpación de la herejía.» Era un pequeño santo dotado de todas las virtudes. Bernardo Gui trazaba del inquisidor una semblanza ideal, que lejos estaba de corresponder a la realidad. La detención se llamaba en aquel tiempo

mandato de captura. Los prisioneros eran alimentados, según el mismo Bernardo Gui, con «el pan del dolor y el agua de la tribulación». Los que habían intentado evadirse eran severamente castigados, sometidos a lo que se llamaba «el muro estrecho», es decir, que se les cargaba de cadenas las manos y los pies, imposibilitándolos de hacer cualquier movimiento. Entre otros signos de infamia, se cosía en sus vestidos trozos de tela amarilla, en forma de cieno, como para los judíos, obligados en la ocupación a llevar en su pecho una estrella del mismo color (1).

El acusado siempre era un presunto culpable. Si un miembro de una familia era acusado de herejía, se condenaba toda la familia. Se hacía lo mismo con todos los habitantes de una localidad sospechoso e inconformista, y comprendidos también los muchachos de siete a catorce años, las niñas de doce años, que eran todos sometidos como sus padres, a la obligación de abjurar sus errores. Se prometía a los acusados ponerlos en libertad si confesaban sus faltas, pero en cuanto empezaban a hacerlo, eran torturados. Se les tenía encarcelados durante meses, haciendo lentitudes inútiles, como aún se hace en nuestros días, para instruir su proceso. Había en esa época «carneros», cuya raza está lejos de haberse extinguido, su rol consistiendo en extraer confesiones de sus compañeros de celda. Eran ex-condenados que hacían el papel de soplones.

En Inglaterra, se llamaba a esos denunciadores los «testigos del rey». Digamos más bien los «falsos testigos».

Las denuncias no datan de hoy. Poco tiempo después del Concilio de Verona, que instituyó la Inquisición, el papa Gregorio IX, las alentaba en estos términos en 1233: «Nos alegramos de que los padres no titubeen en denunciar a sus hijos y a sus mujeres, que los hijos denuncien a los padres y que las mujeres denuncien a sus hijos o a sus esposos.» Era dar la partida bella a los soplones. No es seguramente así como comprendía la caridad cristiana el Suplicio del Gólgota, que la leyenda quiere que haya dado a sus discípulos este consejo: «Amaos los unos a los otros.» La Iglesia primitiva era mucho más humana que la de los Papas.

«No hay delator, leemos en la **Enciclopedia**, que no sea escuchado. Un crimen agostado por la Justicia,

un niño, una cortesana, son acusadores graves. El hijo puede acusar al padre, la mujer contra su esposo, el hermano contra su hermano, enfin, el acusado es obligado de ser él mismo su propio delator. Ya no hay más amigos ni sociedad.» Y el artículo concluye: «La Inquisición es un tribunal que se debe rechazar en todos los gobiernos. En una monarquía sólo puede hacer hipócritas, delatores y traidores. En una república sólo puede formar gentes deshonestas.» Y decir, añadiré yo, que nada hay de cambiado, y que algunos pueblos, que se pretenden revolucionarios, emplean los mismos métodos en nuestros días.


La Inquisición española fué sin duda la más terrible. Había en España el suplicio de la Santa Virgen, que era una estatua en la cual se encerraba al hereje apretado con garras de hierro que lo atravesaban de parte a parte y le reventaban los ojos. ¡Se llamaba a eso reconciliarse con la Santa Virgen! ¡Terrible reconciliación! En Sevilla se cocía lentamente al incrédulo en un horno a combustión lenta, como se hubiese hecho para asar un cerdo o un ave. En esa misma Sevilla, toda la población fué quemada en 1451 en un tostador. Así lo había decidido la procedura inquisitorial, la más detestable de todas las procedimientos que hayan jamás existido bajo el firmamento. Debo añadir aún que en todas las revoluciones que han tenido lugar en España, ha habido de una parte y de otra, atrocidades que recuerdan los días más sombríos de la Inquisición.

No me detendré en describir las hazañas del dominicano Tomás de Torquemada, primer gran inquisidor de la España del siglo XVI, tristemente célebre, con su compadre Xímenes, y que murió detestado por todos. Este triste individuo hizo «durante catorce años el proceso de ochenta mil personas e hizo quemar cinco o seis mil, con el aparato de las más augustas fiestas», dice aún la **Enciclopedia**. Siempre era para salvar su alma, no lo olvidemos, por lo que los inquisidores torturaban a sus víctimas. ¡No podían en verdad mostrarse más humanos con ellas!

Nuestros modernos Torquemada no son mejores, torturando como herejes a los espíritus libres que no comparten sus ideologías.

Gérard de LACAZE-DUTHIERS





POETAS DE AYER Y DE HOY

CANCION DE LA ESPERA ETERNA

• •

Esperar... ¡siempre esperar!
Sentarse junto al camino
y hacer de todas las prisas
un ramillete de olvidos.

— Esperar... ¿qué?

— ¡Lo que sea!

Una ilusión... un capricho...
un alma que va de paso
o la sonrisa de un niño.


No tener miedo al futuro
ni entregarse por vencidos,
ni fiar nunca nuestra suerte
en las manos del destino.

Llenar de esperanzas nuevas
nuestro corazón vacío
y traer semillas fértiles
a los campos sin cultivo

Abrir surcos de ilusiones
en los terrenos marchitos
y esperar... ¡siempre esperar
sentados junto al camino!

EL CABALLERO DE LA NOCHE

Desde una cárcel de España.



Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCIA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Rodríguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe político cristiano. Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARA.—Artículos políticos y sociales. Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—Pepita Giménez. Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe político cristiano. Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—Cartas eruditas. Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—Diálogo de la lengua. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—Diálogo de las cosas ocurridas en Roma. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

*Colección de «Clásicos castellanos»
(antiguos clásicos «La Lectura»)
a 300 francos el volumen*

CASTILLO SOLORZANO.—La Garra de Sevilla y anzuelo de las bolsas. Prólogo y notas de Federico Ruíz Morcuendo.

ESPINEL.—Vida de Marcos de Obregón. Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—Milagros de Nuestra Señora. Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—Artículos de costumbres. Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—República literaria. Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—Poesías y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—Claros varones de Castilla. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—El Diablo Mundo. Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—Vida de Marcos Obregón. Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—Artículos de crítica literaria y artística. Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—El cántico espiritual. Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—Obras satíricas y festivas. Prólogo y notas de J. María Salaverria.

SALAS BARBADILLO.—La peregrinación sabia y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—El infamador. «Los siete infantes de Tara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—Generaciones y semblanzas. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

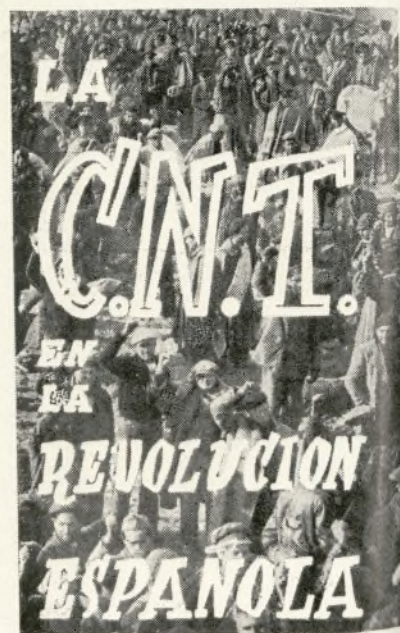
«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkin, 200 frs.

«Ética», de Kropotkin, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe. París (X). C.C.P. París 3308-09.



El libro que deben leer
todos los estudiosos